BLANCO VILLALTA

MONTOYA

APOSTOL DE LOS GUARANIES

COLECCIÓN
CUPULA

EDITORIAL
GUILLERMO KRAFT LIMITADA
BUENOS AIRES

MONTOYA

Apóstol de los Guaraníes

En el ámbito de la gran empresa misionera, que condujo a la Compañía de Jesús a realizar la conquista espiritual de infinitos núcleos de indígenas en el vasto espacio geográfico que abarcaron las Doctrinas Guaraníes, el padre Antonio Ruiz de Montoya destaca su figura vigorosa como uno de sus mayores forjadores.

Desde las reducciones de Nuestra Señora de Loreto y de San Ignacio Miní, en el Guayrá, inició la obra catequizadora, y dió enérgico impulso a la era fundacional desde su alto cargo de superior de las Doctrinas. Su conocimiento profundo del alma guaraní, de sus creencias, sirvió para inducir a los indígenas a que aceptasen con tanta docilidad el orden jesuítico y se reuniesen las familias en los pueblos grandes.

La epopeya de Antonio Ruiz surge con vívidos rasgos en esta biografía, en que Blanco Villalta reconstruye el ambiente, cargado de misticismo, de dolor y de fe, por el que avanzó el apóstol; el clima espiritual en que se desarrolló la gesta misionera y las horas terribles de su destrucción.

Defensor de las muchedumbres indígenas humilladas por

(Continúa en la solapa posterior)

BLANCO VILLALTA

MONTOYA

APOSTOL DE LOS GUARANIES

LIBRARY OF PRINCETON
JUN 5 1985
THEOLOGICAL SEMINARY

COLECCIÓN
CÚPULA

EDITORIAL
GUILLERMO KRAFT LIMITADA
FUNDADA EN 1864
BUENOS AIRES

IMPRESO EN LA ARGENTINA
Queda hecho el depósito que previene la ley N.º 11.723.
Copyright by Editorial Guillermo Kraft Ltda.,
calle Reconquista 319-327 — Buenos Aires.

I

Trayectos de su apostolado

"Señor mío Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, Creador y Redentor mío. Por ser Vos quien sois . . . " "*Che yara Iesu Christo Tûpâ etérâmô, abá etérâmô eicóbo, chemôñângára, chepicỹrô hára. Che Tûpâ etérâmô nderecó rehé . . .*" Traducía el padre Antonio Ruiz de Montoya el acto de contrición con que daba fin a su *Catecismo de la lengua guaraní,* que, sumado a su *Arte,* a su *Vocabulario* y a su *Tesoro de la lengua guaraní,* edificaba el monumento de mayor solidez y más armoniosas líneas entre los aportes al estudio de la *lingua geral.* Contribución inmensurable para la obra evangelizadora, al tiempo que por el conducto plástico de las voces vernáculas establecía

un medio de comunión entre los portadores de una nueva creencia y de una distinta civilización y la gran familia guaraní.

Aún, y muy por encima de su labor de lingüista eminente, se destaca la figura de Montoya sobre las selvas misioneras con proporciones taumatúrgicas de apóstol, de iluminado, protegiendo a las muchedumbres indígenas de la fusta de los encomenderos españoles, de las extenuantes fatigas en los yerbatales, de los surcos malditos de la siembra, cuando los esclavos se abaten sobre los mangos del arado; defendiéndolos de los *bandeirantes* paulistas que en su empuje hacia occidente, hacia las minas ricas y los canteros humanos para sus granjerías, dejaban atrás los rosarios dolorosos de guaraníes atados con colleras, como bestias, camino de la degradación o de la muerte.

Los aconteceres de epopeya, por los que un pequeñísimo grupo de soldados de la Compañía de Jesús realizó la conquista espiritual de infinitos núcleos de empenachados combatientes diseminados por tan extensos territorios como los que abarcaron las Doctrinas Guaraníes, tuvieron en lugar de privilegio al padre Montoya, abnegado y humilde en la evangelización, vigoroso, irre-

ductible al sostener la causa con la que se había identificado en forma total, alzada en la diestra la espada flamígera y en el verbo el anatema para castigar y acusar a quienes trataban de destruirla.

En la gestación de las grandes reducciones, en que se reunía a varias aldeas, y se organizaba a las familias de acuerdo con originales sistemas en que la labor cooperativa, la oración y el descanso estaban prefijados, el tenaz y heroico misionero trabajó con dedicación y fuerza tales, que sólo de una auténtica fe y un convencimiento profundo podían emerger su impulso y proyección.

Solo o con un compañero, sin armas, penetró por los grandes ríos, el Alto Paraná, el Paranapanema, el Iguazú, el Piquirí, por entre las columnatas de la selva, a través de matorrales y pantanos, expuesto a ser desgarrado por las fieras o destruído por los reptiles. Y salvados estos valladares debía enfrentar recién el objeto de tanto sacrificio: la *taba,* la aldehuela guaraní.

Tarea que requería un singular magnetismo era la de convencer, mediante el solo arbitrio de la palabra, en mal urdido lenguaje nativo, de que era preciso abandonar la vida libre y seminómade de la *taba* por el

pueblo grande, renunciar a sus creencias ancestrales, a las fiestas rituales de la antropofagía, de la renovación y la venganza, a sus múltiples mujeres, y todo por la gracia del agua bautismal, de la protección del Dios de los blancos y de ver abrirse los senderos del Cielo, tan similar a la tierra sin mal de los mitos índigenas.

En particular, hallaba obstáculos mayores acatar la exigencia cristiana de que los catecúmenos abjurasen del rito sangriento, íntimamente vinculado a la religiosidad de ese pueblo, que cursaba la etapa auroral de su vida superior. Las fiestas de la renovación y la venganza se cumplían, con variantes de forma en la liturgia, en todos los sectores de la dispersión tupiguaraní.

A la gran familia, como a los caribes, mayas, aztecas, haidas, cuaquíutles o tlinguites, etnos que tuvieron acceso a la agricultura, a los estratos más elevados del arte, que se rigieron por leyes sociales y políticas moldeadas por una inteligente experiencia, y crearon cosmogonías y teogonías de hondo y sugestivo simbolismo, una fuerza subconsciente inducía a incorporar al propio ser la materia anímica de otros seres, los más heroicos, los guerreros vencidos en la dura lid.

Toda la aldea participaba en la celebración de las fiestas místicas de la renovación y la venganza, que evidenciaban el poderío de aquélla, la eficacia de su organización civil y la fuerza y entereza de sus combatientes, la sabiduría y audacia de los jefes, las facultades extrahumanas de los hechiceros, la inspiración de su agorería, y la buena predisposición de los espíritus, en cuya voluntad estaba la victoria o la derrota.

Un halo sobrenatural transfiguraba a los sacerdotes blancos cuando enfrentaban a la gente de la *taba,* y desprovistos de armas arrancaban el *tacapé,* la maza guerrera, de manos del elegido para realizar la ejecución, arengaban amenazantes a la muchedumbre y la obligaban, sobrecogido el ánimo de temor, a renunciar al acto lustral, el momento más alto y sagrado de su vida.

El milagro de la conversión se repetía sin cesar, venciendo la oposición de los hechiceros que se aferraban al pasado, de los hombres dioses que en crisis mesiánicas intentaban despertar a los antiguos temibles canoeros comedores de hombres, hacerles abandonar la inercia, la mansedumbre, que los llevaba al aniquilamiento de esas fuerzas espirituales que los habían traído desde

los arcos opacos del tiempo, desde más allá del padre Amazonas, a la conquista de esas cósmicas regiones que ahora otros hombres sojuzgaban con el estruendo de sus armas y el filo de sus hierros.

Ruiz de Montoya era el *paí,* el sacerdote, aureolado de misterio, cuya fuerza espiritual penetraba sutil hasta el subconsciente de los jefes, los *tubichá,* y les hacía ceder a esa gravitación incoherente de la fe, a la que el espíritu místico de los guaraníes se hallaba siempre inclinado.

La vida nueva ofrecida por los jesuítas estaba materialmente exenta de penuria. En ella veían un modo de evadirse de los cazadores de esclavos que aparecían esporádicamente desde el oriente, y de los encomenderos que avanzaban por el oeste e iban cerrando, con sus manos codiciosas e inapelables, los espacios aun no sojuzgados en las encrucijadas de las corrientes de agua. Las familias confiaban en liberarse del sino de destrucción que intuyeron sus magos y alcanzar en la existencia de ultratumba un destino de reposo, aunque infinitamente lejano.

Con los primeros años del siglo XVII, las fundaciones debidas a Montoya comenzaron

a congregar a miles de familias en el orden jesuítico. Como gemas incrustadas en el verdor profundo de los bosques y las serranías, junto a los ríos y arroyos, los pueblos crecieron al amparo de las casas de *Tupã,* el Señor, y la dulce imagen de Tupasĩ, la Madre de Dios, recostados en los *Tupambaé,* los huertos y sembrados, los ganados, los derribos, los yerbatales e ingenios de la comunidad.

Tupã, el genio del espacio, identificado con el trueno, no tenía otros atributos, en la cosmogénesis de la gran familia, que los clásicos de la tormenta: tronar y enviar el rayo y la lluvia. Era imaginado como un hombrecillo de cabellera ondulante, que se trasladaba a través del espacio, navegando en un asiento hueco. Dos aves llamadas Tapã, heraldos de la tempestad, precedían el viaje del numen envuelto en la tormenta. La original embarcación producía un espantable ruido, el trueno, mientras el *tembetá* de resina de Tupã lanzaba relámpagos y rayos.

Los primeros cronistas y misioneros, al entrar en contacto con los tupiguaraníes, y

buscar similitudes entre las entidades míticas de éstos y el concepto cristiano de la divinidad, cayeron en confusión.

Carecieron los catequistas primigenios de un sentido analítico apropiado y, a no dudarlo, las urgencias de la conversión requirieron definiciones que se ajustasen a la exégesis de la doctrina cristiana, sus grandes dogmas. Al referirse ante jefes y hechiceros al ser poderoso que habitaba en lo recóndito del espacio, señor de los elementos, los indígenas creían reconocer a Tupã. Mas al agregarle las virtudes de creador de todas las cosas, del Señor que regía el universo y que franqueaba o sellaba las puertas del paraíso, los teólogos indios quedaban turbados. Entre el Dios de los blancos y el Gran Antecesor, el transformador desdibujado en el recuerdo, figura sin rostro ni ubicación, descarnada, relegada a las sombras, el parangón era difícil de establecer por hombres que representaban a civilizaciones totalmente dispares.

En el relato de su viaje al Brasil, escrito por Juan de Léry, pastor reformista, en 1556, anota el autor la clave de la personalidad de Tupã y las intenciones de los misioneros referentes a la catequesis. Cuando el

trueno rugía en el cielo, los índigenas se sentían atemorizados; entonces los blancos les informaban que el verdadero Dios les mostraba así su omnipotencia, haciendo temblar cielo y tierra. Para los catecúmenos, quien tal cosa hacía era Tupã.

Pedro Lozano, cronista de la Orden de Loyola, a mediados del siglo XVIII, estudioso de las costumbres de los pequeños canoeros y que indagó su vida espiritual, en sus obras capitales se amoldó, en el ámbito de la significación de Tupã, a lo discernido por sus predecesores en la crónica india. Desarrolló la tesis de que los guaraníes, en la gentilidad, tuvieron conocimiento del Dios único, "lo que se colige del nombre que le dieron de Tupã, que quiere decir excelencia superior". A esa divinidad le atribuían la facultad de herir con el rayo y producir horrísonos truenos, "de que tenían grandísimo susto, porque los creían efectos del enojo de esa Superior Excelencia".

Predominó en el espíritu de los misioneros la convicción de que la deidad máxima de los índigenas era Tupã, y así, mediante este proceso, pasóse a dar su nombre al nuevo Dios que admitieron junto con el bautismo.

La organización económica y social de las Doctrinas se avenía perfectamente con las modalidades tupiguaraníes, no de otra manera hubiese sido aceptada con tan marcada docilidad por la gran familia cuya historia de fiereza estaba inscripta en medio continente con su frondosa toponimia.

Prueba de que su sistema era admitido de buen grado fué la permanencia insistente de los índigenas en el orden jesuítico instituído, y la defensa que hicieron de él a través de los años. Mientras la guerra había asolado las costas del Brasil y las canoas monoxilas y los rebatos de los empenachados combatientes pusieron a la conquista portuguesa o francesa en horas de zozobra, mientras la encomienda y el servicio personal diezmaban las aldeas, tanto en el norte del mundo tupiguaraní como en el Paraguay y la vertiente oriental andina, en las comunidades misioneras las familias se multiplicaban.

Para los pueblos primitivos, los métodos ignacianos no eran de fácil aplicabilidad, ni sus resultados generosos, como evidentemente se vió con los guaycurúes y otros etnos; pero el guaraní, industrioso en sumo grado, poseído por un alto sentido estético

puesto de manifiesto en la fabricación de todo su ajuar, en sus ornamentos plúmeos, en los dibujos corporales y tatuajes, apasionado por el orden social, respetuoso de las jerarquías acreditadas por el heroísmo, la prudencia y la edad, estaba señalado para desarrollarse dentro de las normas flexibles y paternales de las Doctrinas y adecuarse a la civilización cristiana.

Con mayor diligencia que lo previsto, los agricultores indios entendieron y aplicaron las enseñanzas recibidas, y los que eran destinados a cuidar del ganado lo hicieron con eficacia y dulzura. En la artesanía igualaban bien pronto a los maestros, aun en trabajar los metales, que antes ignoraban totalmente. En la decoración, ya fuese pintura o talla, realizaban obras de imitación perfecta. Eran siglos de evolución que efectuaban en años y aún en meses.

El milagro de los signos que sugieren sonidos y que dispuestos en determinado orden encierran palabras y frases, sedujo la inquieta condición de los catecúmenos, curiosos ante toda novedad. Y los maestros ignacianos, que descendieron en el espíritu guaraní y advirtieron sus nobles calidades y sus predilecciones intuitivas, secundaron la

doctrina y la enseñanza con la música y el baile, tan entrañablemente ligados a la gran familia. Los salmos, los maitines, las letanías interpretados por los coros indios se elevaron hacia el Señor con tonalidades maravillosas.

Mas los himnos de la fe y los cantos que acompañaban a los obreros fueron quebrados por las corrientes conquistadoras que desde el Atlántico irrumpían camino del poniente. Destruídos muchos pueblos, trasladadas las misiones hacia el oeste, arrastrados como rebaños los que antes fueron temibles combatientes, quedaron abandonadas mieses y vacadas. Más tarde, el extrañamiento de los fundadores y maestros pondría término a esa empresa que tendía a servir de puente por el que los guaraníes pasasen hacia las nuevas condiciones de existencia que imponía el advenimiento de la raza blanca en tierra de América, evitándoles la esclavitud y el látigo del encomendero.

Montoya, el apóstol de los guaraníes, fué también el maestro de los maestros ignacianos, uno de los creadores y el mayor realizador de la obra misionera. Al prologar su

Catecismo, publicado, como el *Arte* y el *Vocabulario,* en Madrid, en 1640, demuestra su amor a los guaraníes, sincero y permanente: "La falsa opinión en que están los Indios de incapaces, ha dado fingida escusa de aventajarlos en la Doctrina Christiana a los que por oficio tienen la obligación de enseñársela, si bien la experiencia muestra lo contrario en los pueblos donde el zeloso cura cuidadoso de llenar su ministerio se desvela en su enseñança, con que se descubre la capacidad no mediana de los Indios, de que somos testigos de los buenos lucimientos deste trabajo".

Expresa que había gastado treinta años en la enseñanza de la doctrina en lengua guaraní y que su intento al publicar ese catecismo era dar materia de cosas nuevas a los doctrineros, con el fin de que los neófitos fuesen doctos y comprendiesen mejor la santa religión.

El licenciado Gabriel de Peralta, canónigo de la iglesia catedral de Buenos Aires y vicario general del obispado del Río de la Plata, al aprobar los manuscritos que llevaba Montoya para las prensas españolas, advirtió en ellos mucho provecho para los predicadores del santo Evangelio, al haber saca-

do a luz "lengua tan excelente, y que parecía imposible poderse reduzir a escritura".

Por la seriedad y la dedicación a los estudios lingüísticos y por el carácter monumental de la obra publicada, el jesuíta Ruiz de Montoya puede parangonarse con el franciscano Bernardino de Sahagún, el sabio investigador de la religión de los aztecas. Sahagún escribió en náhuatl los doce libros de su *Historia de las cosas de la Nueva España,* a cuyo manuscrito dió término en 1569, y ya su interés por el idioma de los señores de Tenochtitlán lo llevó a añadir a su bibliografía importantes trabajos lingüisticos, entre ellos: *Colloquios y doctrina christiana con que los doze frayles de San Francisco enbiados por el Papa Adriano sesto y por el Emperador Carlos quinto convirtieron a los indios de la Nueva España, en lengua mexicana y española; Psalmodia Christiana; Exercicios quotidianos en lengua mexicana* y un *Vocabulario trilingüe, castellano, latino y mexicano.*

Mas no cede en nada la magnitud de la obra montoyana a la sahaguntina en lo que respecta a desentrañar los valores de un idioma y adaptar con acierto sus sonidos a signos que hagan posible su lectura. El je-

suíta, al dirigir su *Tesoro* a los padres religiosos y clérigos, curas y predicadores del Evangelio en la provincia del Paraguay, refiere cómo junto al celo de la conversión nació en él la voluntad de conocer el idioma vernáculo, ya que no era posible persuadir de que se hiciese lo que no se sabía expresar.

Treinta años "rastreando lengua tan copiosa y elegante —agregaba— que con razón puede competir con las de fama" le llevó dar fin a su intento, que resolvió en tres cuerpos; el primero era el *Arte de la lengua guaraní,* una excelente gramática, y un *Vocabulario* español-guaraní; al segundo tituló, *Tesoro,* "porque procuré vertirle —dice— con algo de su riqueza, que mi corto caudal ha podido sacar de su mineral rico"; el tercero era el *Catecismo,* que contiene admoniciones, exhortaciones al penitente, ejercicios de devoción, una salutación y letanías de Nuestra Señora, bajo cuya augusta protección puso toda su obra, la oración al santo rosario, las fiestas y ayunos de los indios, los nombres de parentesco, y un acto de contrición.

En santidad, en devoción catequista y en la obra de redactar vocabularios y textos de doctrina, tuvo Montoya un precursor, el

padre José de Anchieta, de la Compañía de Jesús, que durante toda la segunda mitad del siglo XVI deambuló entre fundaciones y prédicas por la costa del Brasil, dejando tras de sí una estela de milagros, redentora y fecunda. Pero los trabajos guaraníticos del taumaturgo del Guayrá adquirieron magnitud y trascendencia insuperables. Y para honor de la tierra americana, Montoya era su hijo.

Todas han de ser alabanzas para su labor de lingüista o de misionero, pero es sensible la ausencia de interés por investigar los mitos de la gran familia, las creencias que ella abandonaba para abrazar la nueva fe. En su libro *Conquista espiritual hecha por los religiosos de la Compañía de Jesús en las provincias del Paraguay, Paraná, Uruguay y Tape,* en que refiere la obra evangelizadora y la creación de las misiones, y trata largamente de los guaraníes, sólo repite las ideas aceptadas por los primeros catequizadores cristianos acerca de Tupã y admite la pobreza de los sueños creadores de la gran familia y su orfandad de entidades tutelares.

Lamentable es que un espíritu tan sobresaliente como fué Montoya, dotado de amplia capacidad y de afinado sentido de cap-

tación, no hubiese emprendido el camino de Sahagún por el alma indígena. Quizá su dogmatismo y la urgencia de la catequesis, o el deseo de borrar para siempre los recuerdos míticos de los guaraníes, hizo que desdeñase ahondar en ellos. Desde este ángulo, las obras de Andrés Thevet y de Ives d'Evreux mantienen su elevado lugar en la crónica primera. No obstante, el profundo misticismo de los guaraníes, que facilitó su reducción bajo la cruz, y su temperamento supersticioso conmovieron sutilmente al misionero, que intuyó, en los hechos sobrenaturales de que fué testigo, la presencia del demonio.

Bueno es aportar otros elementos de juicio: la disimilitud entre la civilización de México, puesta a ser comparada con la tupiguaraní. Allí, en Tenochtitlán y muchas grandes ciudades, los templos antiguos estaban en pie y su clero, rígidamente organizado, conservaba aún el vasto acopio de mitos y leyendas. El complicado servicio de los númenes, las festividades religiosas, todo estaba establecido hasta en sus más ínfimos detalles. La materialización del sentido religioso alcanzó en la Nueva España un diapasón incomparable.

Donde los edificios y los templos pétreos imponían su majestad en el México autóctono, en tierra guaraní se levantaba la maloca con paredes de palma; allí, los sacerdotes cumplían mandatos lejanos con boato solemne; aquí, los hechiceros desnudos interpretaban las ansias de superación del pueblo guerrero.

Dentro de la peculiar manera de vivir de los tupiguaraníes, nombre que involucra a toda la gran familia, libérrimos, sin admitir reyezuelos, en un clima favorable y con alimentos fáciles de ser procurados, donde la habitación se reducía a un cobijo protector contra la lluvia y los templos no existían, surge como consecuencia que las organizaciones sociales estrictas no tenían razón inminente de ser. Sin embargo, una similitud indudable aparece entre tupiguaraníes, aztecas o cuaquíutles, en cuanto al sentido místico de la vida, en diferentes estratos.

Lorenzo Hurtado de Mendoza, obispo electo de Río de Janeiro, que por encargo del Supremo Consejo leyó el *Arte, Vocabulario, Tesoro y Catecismo* de Montoya, al dar su aprobación a los mismos en Madrid, reconoció el grande y apostólico celo del soldado de san Ignacio que sacó tan óptimos

frutos de la conversión de aquellos gentiles, único interés y riqueza que de esas naciones podían esperarse, por ser tan pobres y distintas de las del Perú y otras partes del continente nuevo.

Tuvo Montoya perfiles morales semejantes a los del padre Las Casas, en su vehemencia y tenacidad en proteger a los indios. No le amilanaron las fuerzas que se mueven poderosas, guiadas por el interés; enfrentó a los encomenderos, al gobernador Luis de Céspedes, que tenía connivencias con los esclavizadores, a los portugueses, a los mamelucos, y se trasladó a la metrópoli a clamar por el auxilio que evitase la destrucción de la obra misionera.

II

Los anuncios marianos. Ingreso en la Compañía de Jesús. La ordenación

Fue el 13 de junio de 1585, en la Ciudad de los Reyes, donde acaeció el alumbramiento carnal de Antonio Ruiz de Montoya. Persona principal en virtud de su linaje, su padre Cristóbal Ruiz de Montoya, andaluz, había obtenido de la protección del virrey conde del Villar, mercedes y cargos. Su matrimonio con una dama de parecida jerarquía en la sociedad virreinal, y el advenimiento de ese hijo, le movieron a radicarse en Indias. Mas la muerte prematura de su compañera le entristeció el paisaje limeño y su propio corazón. Lo sedujo el recuerdo de Sevilla y de sus años mozos, y partió hacia allá, junto con Antonio, por la ruta marina a Panamá.

La peste que hervía en ese puerto irrumpió en el cuerpo del niño, que sobrellevó el embate de la fiebre en forma milagrosa. Hubo de deshacerse el camino andado. En Lima, con el cielo de Andalucía en la mente, Cristóbal tuvo que morir, apenado, no sólo por sus sueños y su vida truncados, sino por su hijo, de ocho años, que estaría solo en la ciudad de los conquistadores. Dispuso que el tutor que le dejaba lo hiciese educar en el seminario de San Martín y luego lo enviase a España, donde seguiría la orientación a que se sintiese impulsado.

El principal albacea atendió, en preferente lugar, sus propios intereses, y Antonio, huérfano de todo, debió resolver por sí, frente a situaciones difíciles para sus cortos años. En medio de su desorientación, pero sintiendo en el arcano de su alma una corriente mística, aceptó de buen grado la palabra admonitora de un padre ignaciano e ingresó en el colegio de la Compañía de Jesús.

Describió más tarde los días de exaltación y angustia en que le fué revelada la divinidad. Tenía nueve años; su soledad y su pena afinaban la sensibilidad extraordinaria de sus nervios. Rezaba entre sollozos; con pesadas piedras se golpeaba el pecho y se azo-

taba con áspera cuerda, mientras la noche transcurría y sólo brillaba ante el futuro apóstol un Jesucristo que había modelado en cera y que la vacilante luz de una lámpara hacía emerger de las sombras.

Mas su personalidad, poderosa y agitada por esas energías múltiples que orientadas más adelante hacia un fin, al servicio de una gran empresa, la convertirían en una fuerza dominante, invencible, le hizo repudiar las aulas jesuíticas, porque entendió que su maestro se había mostrado injusto al castigarlo porque faltó una vez al estudio, cuando en la balanza pesaba a favor del alumno una larga puntualidad. Es indudable que los predestinados son seres de excepción, no individuos adocenados que siguen con docilidad las normas que se les impone, y que luego en la vida caminan sin empuje, como impelidos por otras voluntades, por sobre un arco que los lleva hacia el vacío.

De fibra de los conquistadores tenía hechos los músculos y como un río subyacente, un incurable misticismo alentaba en su alma. La carne estaba también presente, con sus belfos de fiebre, obedeciendo a las leyes supremas de la vida, inacallablemente. Y así, por la magnífica ciudad se jugó al

acero filoso de una espada, en un desenganche o un arresto, la riqueza de su adolescencia; buscó el amor con ahinco, dió espacios a las ansias que mandaban en él, incontraladas. El huir de las rondas por las callejas sombrías de Lima, los alardes de heroísmo inútil lo fatigaron. Anunciábase en él la intuición de un destino más noble.

Quizá lo que aguardaba era la prosecución de la epopeya de España en la tierra india, ilustrada por el áureo Tahuantinsuyo vencido por un puñado de caballeros, por la Bogotá riquísima, por el imperio de Moctezuma, por el anchuroso Plata. Se aprestó, junto con otros jóvenes de familias principales, a partir hacia Chile, donde la lucha contra los araucanos ofrecía gloria. Pero hubo de desistir, con envidia por los apuestos compañeros que marchaban en sus corceles de guerra, pues la razón le hizo ver que su heredad quedaría abandonada, o quizá esa clase de hazañas no logró persuadirle; su personalidad se aceraba y definía; sólo le faltaba encontrar su auténtica misión.

Volvióle el recuerdo de los deseos paternos: el uno, que acudiese al seminario de San Martín; el segundo, que se trasladase a la península ibérica. En lo primero pensa-

ba a menudo; pero sus años, desgastados con tanta disipación, le hacían creer que sus puertas ya estaban aherrojadas para él. Se inclinó hacia la única alternativa, y alistado ya para abordar alguno de los galeones de la vía del Callao a Panamá, experimentó la urgencia de confesarse. La muerte velaba en el mar. El primer sacerdote al que acudió no se mostró dispuesto a absolverlo, hasta que estuviese preparado para recibir la gracia del sacramento de la Eucaristía.

Algo lo guiaba hacia la Compañía de Jesús. Allí se preparó para una confesión general, con que purificar su alma, lograr la paz. El padre Gonzalo Suárez pareció reconocer en él a un elegido. Lo observaba en la penitencia, donde se disciplinaba con fervor, el rostro transmutado por la voluntad de perfeccionarse o por el éxtasis.

Relata el padre Francisco Jarque, de la Compañía, el biógrafo apasionado del apóstol, que en uno de esos días de preparación espiritual tuvo éste comunicación con la Madre de Dios. Rezaba Antonio Ruiz el rosario en la capilla de la Purísima Concepción, del Convento de San Francisco, y hubo de hacerlo por los dedos, por haberlo olvidado. Al concluir pidió excusas por esto a

la Virgen y oyó entonces la voz de María: "No tengas pena, que yo te daré rosario".

Horas después, el padre Gonzalo, sonriendo con una beatitud distinta de la acostumbrada, le hizo el presente milagroso de un rosario. A la Santísima Virgen recurrió Montoya desde esos momentos en procura de amparo contra las debilidades humanas, que aun en contexturas morales de titán como la suya, reconstruyen sus células con insistencia de termitas.

El seminario de San Martín, de los padres ignacianos, lo atrajo con evidentes anuncios de lo oculto. La aplicación de los *Ejercicios* del santo de Loyola le fué dura, ya que la atención en las preces se le aflojaba en la tormentosa máquina de sus pensamientos. Para él, hombre de acción, la quietud, el dominio total de los nervios, el sosiego de la imaginación, el relajamiento mismo de los músculos era un tormento. Mas la serenidad fué triunfando en él, se fortaleció su voluntad, a la que concurrieron, ordenadas hacia un fin, todas las fuerzas inmanentes de su ser, proyectadas como un ariete.

Hizo su entrada en el noviciado de la Compañía de Jesús en 1606, y al poco espacio de tiempo se encontró dentro del am-

plio camino de la Orden, en la ruta de sus grandes destinos.

En Lima se gestaba una empresa de proporciones tan vastas, que las voluntades más ambiciosas no alcanzaban a chocar con sus fronteras. Allí, el padre Diego de Torres Bollo, de regreso de la Ciudad Eterna, era portador y ejecutor del decreto del padre general Claudio Acquaviva, creador de la Provincia jesuítica del Paraguay, que involucraba al Río de la Plata, al Tucumán, a Chile, a parte del Alto Perú, al Guayrá.

Primer provincial y portaestandarte de tamaña cruzada, el padre Torres se afanaba en la Ciudad de los Reyes en reunir los escogidos soldados de Cristo que habían de acompañarle, en trazar los planes de ese intento en el que preveía tanta gloria para su obra fundacional, para la conversión de los gentiles o aun para el martirio. Todos les estaba reservado en los obscuros designios superiores, pero en medida mayor a lo presentido.

La sujeción por las artes de la doctrina, de nutridos núcleos indígenas, particularmente en las cuencas de los ríos Paraguay, Alto Paraná y Uruguay, tenía ya edificantes

ejemplos. En 1588 habían llegado a la ciudad de la Asunción los padres ignacianos Juan Saloni, Manuel de Ortega y Tomás Filds. Recorrieron el verde Guayrá, predicando y convirtiendo a los tupiguaraníes, auxiliando espiritualmente a los escasos vecinos de Ciudad Real y de Villa Rica del Espíritu Santo. Debieron socorrer a los indios que una terrible peste destruía.

Pero este ensayo jesuítico no tuvo otro resultado que servir de experiencia a la empresa de gran aliento de Diego de Torres.

A Antonio Ruiz, el vehemente deseo de formar entre los soldados de la fe que seguirían al provincial le torturaba la quietud de ánimo a que estaba obligado, y el silencio le era más pesado que las piedras que cargaba para la construcción del colegio, y elegía siempre las de mayor volumen así como disputaba las mortificaciones y las tareas más rudas de la comunidad.

Al cabo de un novenario en que suplicó a la Reina de los Cielos, se le apareció ésta, acompañada por san Ignacio y san Francisco Javier, y el novicio escuchó las palabras: "No tengas pena, que irás".

A pesar de llevar pocos meses de noviciado, su viaje fué dispuesto. Quisieron los su-

periores probarlo aún. Le insinuaron que donde iba a vivir, entre salvajes, aparte de los muchos e indudables peligros que lo asediarían, la falta de maestros y de libros le troncharía el estudio; si renunciaba al trayecto completaría su preparación en su ciudad natal, y si el Señor lo llamaba para salvar almas, otros pueblos, no tan lejanos, esperaban esa gracia.

Mas los padres, que conocían el temple del novicio, sabían su respuesta. No iba al Paraguay a descansar ni estudiar sino a cumplir la voluntad de Dios: "Voy a morir trabajando o a derramar la sangre por la fe y por su amor; si este fin consigo, aunque no estudie más de lo poco que sé me tendré por muy dichoso, y daré por muy bien empleadas las fatigas del viaje".

Tendiéronse los paños de la nave en que partía, después de tantos intentos frustrados, Antonio Ruiz. A él y a otros dos novicios guiaba el padre Juan Ponte. Del Callao a Chile fué el mar; luego, los abruptos senderos de la cordillera andina. El largo camino los llevó, en 1607, hasta Córdoba del Tucumán.

Residencia del provincial de la nueva jurisdicción religiosa, Córdoba del Tucumán

tuvo también su noviciado y colegio jesuítico. Sólo setenta y cuatro años llevaba la ciudad desde que Jerónimo Luis de Cabrera la estableciera, y ya se advertía en ella los signos de su prosperidad material y los mayores en el orden de la cultura. La Compañía tendría el mérito de fundar allí la primera universidad de la Provincia jesuítica del Paraguay, en 1613, y la segunda en América austral, después de la primogénita e ilustre de Lima.

Antonio Ruiz hizo sus votos en 1608, y tuvo la honra de recibir las Ordenes del obispo Fernando de Trejo y Sanabria, el defensor de los indios, que se las confirió en Santiago del Estero.

III

Génesis de las misiones

En la ciudad cuyos cimientos cavó Juan de Salazar de Espinosa en el espacio ofrecido por los emplumados guerreros guaraníes, aliados y salvadores de la conquista blanca que ascendió por el gran río hacia la Sierra de la Plata, el padre Antonio Ruiz se acercó al altar del Altísimo. Ya estaba en los umbrales de su sino. En esa ciudad que nació el 15 de agosto de 1537, día de la elevación de la Virgen a su morada celeste, y lleva en recuerdo de ese fasto el nombre de Nuestra Señora de la Asunción, consagró el pan y el vino en el cuerpo y la sangre del Hijo de Dios.

La cordialidad guaraní, su alianza militar habían cortado el hambre de los conquista-

dores y facilitado el empuje hasta los umbrales del imperio del Rey Blanco, que sólo era el miraje y el mito del áureo Tahuantinsuyo. La casa fuerte de la Asunción fué el cuartel, granero y base de operaciones de las entradas en procura de las minas ricas. Los autóctonos, en gesto cordial de huéspedes generosos, ofrecieron sus hijas a los aliados blancos para labrar la tierra y servirlos. Fueron naciendo hijos, en fusión promisoria de sangres. Ya en patriarcal convivencia y parentesco, los indios prestaron ayuda a sus deudos.

Más tarde, cuando las expediciones cayeron de rodillas, exhaustas y vencidas, los españoles volvieron con las manos vacías del oro deseado. Frente a la tierra henchida de savias del Paraguay, comprendieron que ella también podía rendirles riquezas.

El aliado guaraní no tenía ya sentido como auxiliar militar. Lo despojaron de su corona de plumas, de su arco policromo, de su *tacapé,* su maza guerrera, lo rebajaron al rango humillante de sirviente, le quebraron la gallardía y le agostaron la vida sobre la gleba, en los derribos, la zafra, el beneficio de la yerba. Fueron repartidos entre las manos insaciables de los encomenderos, a

quienes urgía reponer a los que habían caído en los surcos o las plantaciones o en las marchas extenuantes bajo las cargas.

La corona de España fué solícita en tratar de encauzar en armoniosa y útil manera el gobierno de sus nuevos gigantescos dominios. Los propios reyes, bajo cuyo signo partieron las armadas descubridoras y se alzó el brazo de acero de la conquista, establecieron que los indígenas eran hombres libres. El Consejo de Indias, que atento a elevados principios de derecho legislaba con prudencia y sabiduría, inspirábase también en los paternales sentimientos de los monarcas. Las Leyes de Indias, fruto de la experiencia cruda, fueron señalando las normas de convivencia entre vencedores y vencidos.

Toda conquista armada es cruenta; siembra la destrucción, la muerte y el rencor. La española, sin carecer de esas características comunes, fué excepcional en el concepto de asimilar a los naturales al nuevo mundo que se creaba. Pero en la práctica, las irradiaciones del oro, el lograr un premio a las zozobras y padecimientos de las largas navegaciones, de las marchas forzadas, del hambre, de la lucha irritante contra los dueños de la tierra y sus dardos agudos, impelieron

a los aventureros a entrelazar metales y riquezas en sus guirnaldas de laureles.

En el suelo de América, indios y españoles habían de vivir forzosamente juntos. La espada ensangrentada de éstos pesaba abrumadora en la balanza de la justicia. En esas regiones, aisladas de la metrópoli por largos espacios, en que sólo la voz de unos era escuchada, las admoniciones del lejano Consejo llegaban como un eco.

Estableciόse que los pueblos vencidos habían de adoptar las modalidades civilizadas de los europeos, no solamente la religión cristiana, sino el trabajo sobre el cual se edificaría el progreso y bienestar comunes. A su vez, los indios repartidos en encomiendas estaban obligados a satisfacer un tributo a sus amos por un valor fijado en frutos de su labor. Sólo debían tributar los varones entre los dieciocho y cincuenta años, y en la tasa iba incluído el sínodo o quinto para subvenir a los gastos de la doctrina y a la protección de los indios a que el encomendero se comprometía.

Mas los dueños de plantaciones, de alquerías, con excusa de la desidia del autóctono que no producía para su propio sustento y pago del tributo, optaban por el servicio

personal hasta un límite que arbitrariamente juzgaba el encomendero. El vasallaje del indio aherrojado y burlado por el tributo que las Leyes de Indias autorizaban, se confundía muchas veces con la más sórdida esclavitud.

Pero aun en las circunstancias más alejadas en el tiempo y en las rutas de la metrópoli, o ante los hechos más carentes de sentido humanitario, alzóse temprana, o bien tarde para el remedio, la protesta de quienes entendían el mandato cristiano de los reyes. Entre ellos se situaron los misioneros y un número crecido de hombres de gobierno, para quienes la incorporación de los indios a la vida de la comunidad era una fuente de bienestar más preciada que su destrucción, con el solo fin de obtener arrobas de yerba, de tabaco o algodón.

En el Paraguay, el asunceño Hernando Arias de Saavedra, hijo de la tierra india, encaró con amor la tarea fundacional y de gobierno, a las que su jerarquía moral lo condujo. La condición de los guaraníes le absorbió muchas de sus horas de jefe y de patriarca, buscó su pacificación, su ordenamiento en reducciones que lo salvasen de la persecución, del trabajo esclavizado; pensó

y actuó en favor de su elevación social y espiritual.

Particularmente en su segundo período de gobierno, Hernandarias interesó a la corona para que proveyese en mayor medida a la conversión de los gentiles, de tan extensas muchedumbres que habitaban entre las frondas de ese edén.

El Paraguay, junto a sus ríos, vivía casi aislado de la península y del Virreinato del Perú. Reunía a una comunidad paupérrima, mezcla de españoles, criollos y mestizos, evolución de las entrecruzadas corrientes conquistadoras y colonizadoras. Círculos de guaraníes sujetos a servidumbre rodeaban los pequeños conglomerados blancos, y más allá los bosques y las malocas en sucesión intérmina.

Las exhortaciones del admirable Hernandarias ayudaron al envío de mayor número de religiosos y a la creación de la nueva Provincia jesuítica, cuya existencia se inició en 1607. El ilustre asunceño escribía al rey que los españoles carecían de fuerza para poder conquistar y sujetar a los guaraníes. A esto el monarca respondió que aunque existiesen los medios naturales para hacer-

lo, sólo debería atenderse a la conquista por las artes evangélicas.

Durante el último año de su segundo gobierno, 1609, obtuvo Hernandarias, promotor de la colonización jesuítica, que el provincial Diego de Torres dispusiese la iniciación de las fundaciones misioneras.

El 29 de diciembre de ese año, los padres Lorenzana y San Martín dieron principio a la reducción que fué puesta bajo la advocación del creador de la Orden, san Ignacio, esbozo avanzado de lo que más tarde serían las misiones. Esta primera comunidad fué situada en las fuentes del Tebicuary, que corre hacia el Paraguay.

A los padres italianos José Cataldino y Simón Masseta correspondióles el amplio teatro del Guayrá, territorio que desde la margen oriental del Paraná se perdía en la fluctuante línea trazada en Tordesillas, y desde el río Iguazú se desarrollaba camino del septentrión hasta el río Añambí.

En esta región, que servía de tránsito a los que viajaban a la costa atlántica, y por donde Alejo García descubrió el Paraguay y Cabeza de Vaca arribó a su adelantamiento, Ruy Díaz Melgarejo había establecido, en 1557, entre las selvas apretadas sobre los

espejos del Paraná, los rústicos ranchos en torno a la picota de Ciudad Real. Trece años más tarde, el mismo constructor fundó Villa Rica del Espíritu Santo, casar titulado de ciudad, más adentro aún, como estirando el brazo de la Asunción hacia el mar.

Domeñadas las fiebres que inmovilizaron con sus lazos rojos a los jesuítas Cataldino y Masseta, vencidas las objeciones de los principales guaraníes, reunieron a orillas del ancho Paranapanema y de su afluente el Pirapó cerca de cinco mil familias, en dos reducciones: Nuestra Señora de Loreto y una nueva San Ignacio. Esta fué identificada con el calificativo de *mini,* menor, diferenciándola así de la primigenia San Ignacio, titulada de *guazú,* mayor.

A ese crisol donde se fundían los elementos que habían de constituir el trazado material y espiritual de las doctrinas guaraníes, concurrió Antonio Ruiz de Montoya, con esa voluntad sin reposo, desbordada de ahinco, inflexible, que junto con la fe en la grandeza de su misión describen su personalidad.

Se estructuraba un pueblo de las doctrinas sobre un trípode construído por la fa-

milia, el trabajo y el municipio, regidos y armonizados por los principios supremos del cristianismo, y sujeto a la autoridad civil.

Por vía de la religión que penetraba hondamente en el ánimo de los guaraníes, logróse, aunque con resistencias y trastornos, la familia monogámica de cuño cristiano.

Constituían las antiguas aldehuelas guaraníes, unas pocas largas chozas sin separación interior, albergue de hasta doscientas personas. Reunir a varias aldeas con el objeto de crear pueblos en que varios miles de indígenas estuviesen sujetos a un ordenamiento político y económico distinto, era sin duda una lucha en que el magnetismo del predicador, más que su razonamiento, debía imponerse.

Los principales de cada aldea no estaban fácilmente dispuestos a perder su lugar expectante y aceptar sobre sí otra autoridad superior, excepto la de los padres; pero ésta, aunque temporal en el fondo, estaba envuelta en un halo místico. Suplía el *paí* a los grandes hechiceros, cuya influencia en las decisiones del consejo, el *carbé,* era difícil de eludir.

Mas los jesuítas, apoyándose en las disposiciones de Carlos V y de la Recopilación

de Indias, favorables a respetar las prerrogativas de los caciques indios, con el fin de mantener, por el halago de pocos la obediencia de muchos, aplicaron en las reducciones el sistema del acatamiento a la dignidad de los *tubichá*. Estaban exentos del pago de tributo, disponían de terrenos donde las familias de su antigua aldea trabajaban en parcelas señaladas por ellos y vigilaban las tareas agrícolas. Entre los *tubichá* se designaba a los individuos del cabildo.

Las *Ordenanzas* del oidor de la Audiencia de la Plata, licenciado Francisco de Alfaro, que visitó por mandato real las provincias del Río de la Plata y Paraguay con el objeto de proponer medidas que remediasen los agravios, vejaciones y opresiones que recibían los naturales, como declara la Real Cédula dada por el monarca el 10 de octubre de 1605, suprimieron las encomiendas de indios de servicio personal, prevaleciendo sólo el tributo; mas la forma de percibirlo dió espacio a renovados abusos, pues los indios que no querían sufragar la tasa debían servir a los encomenderos durante treinta días. Declaraban las *Ordenanzas,* en otros nobles designios, la voluntad de la corona de que no hubiese indios esclavos.

En cuanto al gobierno de las reducciones, estaría a cargo de autoridades indias, dispuestas en ayuntamientos a imagen de la institución española.

En un principio, la organización política y social de las misiones estuvo en una etapa experimental. Luego, en virtud de las *Ordenanzas,* que si bien conocidas desde fines de 1611 recibieron la confirmación definitiva siete años más tarde, fueron establecidos los cabildos autónomos.

Desde luego, la autoridad espiritual del jesuíta intervenía en la constitución de los cabildos, que requerían luego el visto bueno oficial de las autoridades de la gobernación.

El régimen económico de las doctrinas guaraníes fué, sin duda, el resorte que permitió su creación, permanencia y prosperidad, y que arraigó a núcleos de la gran familia en un ensayo de vida ciudadana con gobierno autónomo. En la dualidad del *abambaé,* cosa perteneciente al hombre, y, del *Tupãmbaé,* cosa perteneciente a Dios, residía la equilibrada bondad del sistema.

Cada principal disponía de la tierra labrantía que las familias a su cargo y la suya propia necesitaban para sembrar y cosechar

el maíz, la mandioca y la batata con que sustentarse todo el año. El jefe de familia estaba obligado a producir los granos y tubérculos suficientes, pues su imprevisión le convertía en una rémora de la comunidad. El producto del trabajo de una familia era de su exclusiva propiedad; algunas cultivaban, además, caña de azúcar y tabaco. Los frutos excedentes podían ser comercializados. Inquietud por la posesión particular de tierras no existía, ya que el suelo era infinitamente amplio. Como en el tiempo de su libertad, los guaraníes valoraban los productos, no la tierra.

Los bienes muebles, redes, utensilios, piezas de alfarería, correspondían a la propiedad privada, además de los frutos que cada uno cosechaba. Pero las casas del pueblo, edificadas con el trabajo de todos, eran usadas cada una a perpetuidad por cada familia; aunque pertenecían a la comunidad, al *Tupãmbaé*.

Todas las construcciones del pueblo, desde la iglesia, que era su centro, las casas del cabildo, las oficinas públicas, el almacén donde se depositaban los sacos con las cosechas de las familias y el que guardaba los frutos de la comunidad, el colegio, las casas

de los padres, el asilo, el hospital, el cementerio, eran del *Tupãmbaé*. Y también el campo común, con sus sementeras y rebaños, los algodonales, en que la colaboración de todas las personas hábiles era exigida. Por lo general trabajaban en ellos dos días por semana. Esto bastaba para que los almacenes se colmasen de bienes comunes con que socorrer a los desvalidos, sostener el culto y la enseñanza, construir edificios, pagar el tributo y subvenir a las necesidades de las familias que veían exhaustas sus provisiones.

Con los bienes del *Tupãmbaé* se equipaban y mantenían las expediciones a los yerbales, que en canoas o carretas y por espacio de varios meses ocupaban a un centenar o más de guaraníes por pueblo. La yerba era la especie más cotizada para el pago del tributo del rey.

Las artes mecánicas y el comercio completaban el régimen económico de las doctrinas. Proveer a la comunidad de objetos manufacturados constituyó la segunda preocupación de los jesuítas, y notables fueron los resultados que de la habilidad manual de los guaraníes se obtuvieron. En ningún oficio dejaron de sorprender a sus maestros

los padres, por la rapidez con que los dominaban y la perfección del acabado.

Los obreros y artesanos trabajaban para el *Tupãmbaé,* mediante la adecuada retribución en especies; y la administración de la doctrina los repartía por igual procedimiento, entre los miembros de la comunidad, o reservaba el excedente para ser comercializado, intercambiado con productos de otras misiones o de las ciudades de blancos.

Aparte de la tahona y panadería, de la carpintería, la herrería, la oficina de tejedores, de fabricación de tejas, los albañiles, los alfareros, curtidores y rosarieros, necesarios a cada comunidad, en algunas se sumaban los carreteros, canoeros, barrileros, torneros, plateros. Y más tarde, cuando el prosperar de las misiones lo permitió, desarrollóse una noble emulación en que lució el pincel de retablistas y pintores, la maestría de fabricantes de instrumentos musicales, de doradores, de toda la artesanía que adornó los templos, y los imagineros que poblaron sus altares. Los tipos de imprenta y las prensas dieron el toque final a la gran obra cultural misionera, y la ennoblecieron.

IV

Los yerbatales de Maracayú

Año y medio había transcurrido desde la partida de los padres Cataldino y Masseta, cuando el provincial Diego de Torres encomendó al padre Antonio Ruiz que se les uniera en aquella misión redentora. El apóstol se adelantó por los caminos cerrados de breñas, por los ríos intérminos, bajo los soles candentes y el aire de fragua, martirizado por los insectos, sin sentir molestias físicas ni fatigas ni hambres, porque la creencia fervorosa en su misión avasallaba las sensaciones de su cuerpo.

Antonio de Moranta, sacerdote jesuíta que lo acompañaba, templado también en los ejercicios y lleno de fe, no pudo soportar las distancias. El puñado de maíz que

comían, por faltarles otras provisiones y ser el despoblado demasiado extenso, le causó una enfermedad que lo invalidó para ir más allá. Del puerto de Maracayú debió tornar, derrotado.

Más angustioso que la debilidad humana de su compañero fué a Montoya enfrentarse con la realidad, dolorosa como el látigo implacable de los capataces, del trato cruel que se imponía a los guaraníes en los yerbatales de Maracayú.

La vida de los braceros ardía en el trabajo ininterrumpido de cortar los gajos, ponerlos en zarzos, tostarlos a fuego lento, moler luego las hojas y almacenarlas en chozas que ellos debían construir. La pobre comida, el ningún descanso y el látigo quebrantaban los organismos de los obreros. Por sobre todo, el transporte de los sacos de yerba que se incrustaban en los hombros degradados de los antiguos guerreros, era motivo de aflicción para Montoya, y comprobó que la carga era a veces más pesada que el portador, que debía soportarla sobre caminos de muchas leguas.

Años después, cuando recogió en su *Conquista espiritual,* con vívida palabra, el itinerario de su asombrosa empresa, tenía aún

presentes las escenas indignantes de los yerbatales de Maracayú: "Tiene la labor de aquesta yerba consumidos muchos millares de indios; testigo soy de haber visto por aquellos montes osarios bien grandes de indios, que lastima la vista el verlos, y quiebra el corazón..."

"¡Cuántos se han quedado muertos recostados sobre sus cargas...!" Montoya prosiguió la ruta de su destino comprobando cuánto debía ser reparado. La realidad no logró quebrantarlo. Bien al contrario, le entesó sus músculos de luchador. Allí, en Maracayú, el visitador Alfaro había dispuesto que no se forzase a los guaraníes en el beneficio de la yerba, y que no trabajasen en él desde diciembre a marzo, por lo malsano de la estación. Esto fué escuchado, pero no cumplido, y los encomenderos siguieron haciendo crujir las osamentas de los indios hasta diez meses o más, sin pagarles.

Por el Paraná arriba y el Paranapanema, "río desdichado y sin ventura", alcanzó Montoya la reducción de Nuestra Señora de Loreto, vecina del angosto Pirapó, donde los padres Cataldino y Masseta trabajaban,

con mucha perseverancia, en el ordenamiento de esa misión y la de San Ignacio Miní. En aquélla, una humilde iglesia de palmas se enjoyaba con el don prodigioso de una reliquia de la Santa Casa de Loreto, cedida por el provincial Diego de Torres a los fundadores de esa doctrina, que pusieron bajo la tutela de la Santísima Virgen, con tal advocación.

Cumplía Diego de Torres la promesa de extender en las tierras nuevas de Indias la veneración de la Madona de Loreto, formulada en el peregrinaje que lo llevó a prosternarse ante los muros de la casa de Nazareth en que María recibió al divino emisario de la Anunciación. Alas de ángeles, en vuelo taumatúrgico, transportaron la Santa Casa, sobre mares y montañas, hasta la colina cercana del Adriático en que se elevaba su augusto santuario.

En viaje al Paraguay, detúvose el provincial en Santiago de Chile, y en la iglesia del Colegio jesuíta elevó un altar en reverencia de la Señora de su devoción. La primera de las reducciones creadas en el Guayrá fué dedicada por él, con misteriosa intuición, al culto de la Santa Casa en que el Verbo eterno se hizo carne.

Para los guaraníes, la leyenda cristiana del vuelo sobrenatural de la casa de Nazareth era comprensible. En distintos sectores de su mundo, memorábanse los mitos que hablaban de traslaciones mágicas.

Sabían los tembés, por tradición, que un hechicero transformado en buitre elevó a las alturas, en sus garras, la maloca en que sus amigos bailaban, salvándolos de ser engullidos por las aguas del diluvio. Estaba en la voluntad del Tamoi, el Antecesor, de los guarayúes, el llevar a su morada de paz, situada en el lugar donde el sol declina, a los hombres que, asediados por circunstancias trágicas, invocaban su protección, danzando en rondas místicas dentro de las casas de baile, las que podían ser desgajadas del suelo y vencer el espacio en vuelo sorprendente.

La ascensión de la casa de baile del *paí guazú* Guĩraypotĩ cruza por los relatos de los apapocuvas, envuelta en un soplo milagroso que la condujo a la tierra sin mal, los prados edénicos ignorados por la muerte y el dolor.

Antonio Ruiz halló pobrísimos a los misioneros, con los vestidos hechos más de remiendos que de la tela original, viviendo de la limosna de los indios.

El apóstol de los guaraníes se sintió reconfortado y lleno de alegría, porque ese era el ancho camino que había soñado. Ya ni el mar verde, encrespado, de los bosques, ni la que aparecía como tarea insuperable de convertir a las aldeas innúmeras, de vencer a los hechiceros hostiles o a la avidez de los blancos podían significar obstáculo para quienes poseían la incontrastable fuerza de la humildad, de la bondad, para quienes habían hecho renunciamiento de los beneficios y de las riquezas.

Comprendió Montoya que el triunfo estaba reservado a la Compañía, y desde ese instante, ratificado en sus íntimas creencias y predispuesto hasta para la muerte bienaventurada en el martirio, comenzó su acción. El y su destino estaban en marcha.

V

La catequesis en las primeras reducciones del Guayrá

De Nuestra Señora de Loreto y de San Ignacio Miní, irradiaría sobre las almas el verbo de Nuestro Señor y su inacallable mensaje de paz y de esperanza. La gran familia lo escuchó siempre con subconsciente predisposición. Las dos primeras reducciones del Guayrá debían constituirse en las torres de sólidos sillares de la conquista espiritual. Sólo cuatro soldados de la fe luchaban en ese frente; no obstante, pronto organizaron otros dos pueblos como colonias dependientes de aquéllas. Preciso era sobrepasar en prestigio a los grandes hechiceros, afirmar en cada ocasión la majestad del nuevo credo.

En visitar a los enfermos, en llevar los auxilios espirituales a los moribundos, en doctrinar, bautizar en ocasiones a varios cientos de neófitos, diariamente, en las caminatas incesantes en ese clima agotador, en déficit de alimentos, las jornadas de los misioneros se gastaban y también sus energías. El padre Martín Urtazun, que sustituyó al compañero de Antonio Ruiz, rico mayorazgo que había entregado sus días a la conquista del oro de las almas, murió de fatiga y de hambre.

Renunciar a sus ritos antiguos, a las fiestas de la renovación y la venganza, a sus costumbres, a su libertad, para someterse al orden que imponían esos tres *abaré,* sacerdotes, desarmados pero inflexibles, no habría sido tarea realizable sin el temperamento místico de los guaraníes, que reconocieron en su prédica la voz de Dios.

Mas los *payé,* los hechiceros, veían el declive de su poderío. Unos rehusaban abjurar de sus creencias, descender del prestigio trabajosamente adquirido con el buen éxito de sus curas, el acierto de sus profecías; otros aceptaban la religión de los extranjeros con marcado fervor. Muchos fueron sinceros al reconocer el poder que les prestaban los es-

Adaptado de P. HERNANDEZ

Organización Social de las Doctrinas guaraníes de la Compañía de Jesús

píritus amigos y estuvieron convencidos de la taumaturgia que rodeaba sus curaciones y oráculos. Los sacerdotes católicos no dudaron, en diversas ocasiones, de la realidad de esas hechicerías y así lo escribieron, atribuyendo todo a la intervención satánica.

Los hechiceros, mirados con veneración por los indígenas, en virtud de su magismo y de su ciencia esotérica, conocían ritos especiales para obtener la máxima fructificación de la mandioca, del maíz, del algodón, del tabaco, de las legumbres. Presagios y adivinaciones, conjuros y exorcismos estaban en su mente y en su mano.

Ahuyentar los genios maléficos, calmar el dolor, librar de la enfermedad, eran diademas superpuestas a su corona de plumas. Presidían también las ceremonias del complejo ritual que acompañaba las etapas trascendentales de la vida, pues el misticismo de la gran familia invadía todas las esferas de su pensamiento y actividad. Los tatuajes, adornos y afeites no respondían a una moda, sino que estaban prescriptos por la tradición y poseían simbolismo y valor místicos.

Ancianos, jefes y guerreros rodeaban a los magos con gestos reverentes, pues ellos sa-

bían cuándo la hora de partir hacia el combate era propicia. La malquerencia de estos seres elegidos tenía el poder de concitar la enfermedad y aun la muerte. El don de las transformaciones les era atribuído, y así, oculta su personalidad tras la apariencia de fieras, reptiles o pájaros, sorprendían a sus víctimas en los meandros del bosque y las destruían.

Suertes supersticiosas, magias perversas, maleficios eran urdidos con el tenebroso concurso del ñacurutú, del caburé, del ibiyaú, de otras aves crepusculares, de las necrófilas, como el urubú, y de diversas sierpes.

Pero lo más portentoso de sus facultades extrahumanas residía en el trato con los espíritus, que les daban la clave de los acontecimientos por venir.

Explica el padre Lozano, que el Angel Caído comunicaba a los magos indios secretos que al ser revelados hacían aparecer a éstos como auténticos profetas "sacando ciertas sus aprehensiones vanas".

El poderoso *tubichá* y *payé* Taubicí, que percibía anuncios por medio de espíritus familiares, cuando le era urgente obtener noticias de lo oculto entreabría las palmas del

techo de su maloca y aguardaba el descenso de las voces esperadas. Sus augurios eran tenidos por ciertos. Relata Antonio Ruiz que "...publicaba después muchas mentiras de cosas futuras, de que a veces se seguían efectos, sacándolos el demonio por sus conjeturas".

Inició Taubicí murmuraciones y obras contra los jesuítas. Pero éstas fueron detenidas en forma milagrosa.

Taubicí recibió en San Ignacio Miní el presente de algunas cañas de azúcar que le hizo un indio, y éste se excusó por la exigüidad del obsequio dándole a entender que le habían robado la mayor parte de su cosecha. El hechicero, aunque no pudo intuir quiénes eran los culpables, anunció que morirían de la enfermedad de cámaras. Y así ocurrió.

El prestigio del hechicero constituía ya una amenaza para la misión. El día de Corpus Christi desoyó el apercibimiento del padre Simón de que nadie partiese sin asistir antes a la fiesta, y salió con gran pompa hacia su pueblo, seguido por sus adictos. El padre le advirtió que por no honrar al Señor sería castigado allí a donde fuese. De unas canoas que acechaban a la entrada del pue-

blo donde moraba Taubicí, partió la flecha que lo despojó de la vida. Un viejo agravio había sido satisfecho.

No solamente era severo el desafío con los *payé*; también la resistencia de algunos principales puso a los padres al filo del martirio. En los primeros tiempos de la catequesis y la empresa misionera a orillas del Paranapanema, Montoya y sus compañeros fueron enfrentados por una emergencia de tal gravedad, que debieron recurrir a la oración, "la cual es más poderosa que las armas", como comprobó el apóstol.

El principal Miguel Artiguaye, ya bautizado y perteneciente a la doctrina de San Ignacio, se enemistó con los jesuítas, levantó en contra de ellos a la población, dando fin a sus arengas con esta frase: "Ya no se puede sufrir la libertad de éstos que en nuestras mismas tierras quieren reducirnos a vivir a su mal modo".

Artiguaye partió una alborada a parlamentar con otro jefe, Roque Maracaná, sustentando el deliberado propósito de sacrificar a los sacerdotes blancos.

En su *Conquista espiritual* describe Montoya esos aprestos que aparentemente concluirían en el acto ritual: "Se oyó en todo el

pueblo gran ruido y estruendo, apercibimiento de guerra, atambores, flautas y otros instrumentos, juntáronse en la plaza del pueblo 300 soldados armados con rodelas, espadas, arcos y flechas muchas y muy vistosas por estar todas muy pintadas de colores y adornadas de varia plumería; llevaban en las cabezas muy vistosas coronas de plumas; pero entre todos se esmeró el cacique Miguel, el cual se puso un rico vestido todo hecho de plumas de varios colores, entretejidas con muy lindo artificio; llevaba en la cabeza una corona de plumas, armado con una espada y rodela; iban a sus dos lados dos mocetones con un arco y un gran manojo de flechas cada uno para el mismo cacique, el cual capitaneando toda esa gente se fué a embarcar".

Los padres oraban, mientras tanto. Tenían fe en la prédica realizada; sus fatigas no habían de esfumarse así, estérilmente. Hicieron una confesión general y esperaron, sin pretender huir, que significaba tanta pérdida como morir; pero sin la diadema luminosa de los mártires.

Ocurrió que Maracaná permaneció inconmovible en la religión adoptada y en la conveniencia del orden jesuítico, que era

también una rodela contra los encomenderos, y que Miguel, sin sus galas guerreras, solo, apoyado en un báculo compañero en la ruta larga del retorno, golpeó a la puerta de los padres y reconoció su yerro.

VI

Montoya desciende al Puerto de Santa María de Buenos Aires

Aislados los jesuítas en el verdor de los bosques del Paranapanema, preocupaba a los superiores de la Compañía la marcha de tan importante y difícil empresa. Desde la Asunción, en 1620, el provincial del Paraguay, Pedro de Oñate, hizo llegar recado al padre Cataldino, superior de las nacientes doctrinas, pidiéndole que uno de los misioneros se le uniese, para informar.

Tocáronle a Antonio Ruiz las fatigas del trayecto. Lo acompañaba una muestra, llena de encanto, de las posibilidades felices de esas reducciones: un coro de dieciséis niños guaraníes con su maestro de capilla.

Supo en la Asunción, que el superior descendía por el gran río, camino de Nuestra

Señora de la Trinidad en el Puerto de Santa María de Buenos Aires.

Apresuróse aún más el padre Antonio, a quien por sus rápidos desplazamientos por buenos o torcidos caminos, sin detenerse casi entre las fundaciones y la catequesis, entre confesiones y sagrados óleos, entre los pestilentes y las conversiones, podría haber recibido el sobrenombre de *Abaré bebé,* padre volador, como los tupíes del Brasil designaron al jesuíta Manuel de Paiva.

Alcanzó al provincial Oñate en la villa de San Juan de Vera de las Siete Corrientes, que por orden del oidor estableció Juan de Garay, secundado por el criollo Hernando Arias de Saavedra, años atrás.

Descendieron juntos a Buenos Aires, la puerta de la tierra, como la designaba el oidor Matienzo al propugnar desde la Ciudad de los Reyes que fuese fundada, abierta en la boca del gran río, puerto para las naves del progreso, puerta para las ciudades y las riquezas del interior. El provincial cató la santidad y la fuerza indestructible del misionero; concibió que en sus manos estaba el buen éxito de los planes amplios de la Compañía.

En la ciudad del Plata, donde Antonio Ruiz pasó toda la cuaresma, el coro guaraní, tan maravillosamente acordado y de tan angelical melodía, digno de sus maestros, y más aún del sentido estético de la gran familia, fué particularmente apreciado por el obispo fray Pedro Carranza.

Antonio Ruiz tornó a las doctrinas con el cargo de superior, reemplazando al padre José. Había aceptado la honra por obediencia, pero con mucho desconsuelo, ya que en la humildad se nutría su fuerza y su alegría. No pensó jamás en obtener ascensos en la Orden, reconociendo ser, como dijo, totalmente inepto.

VII

La gran era fundacional. Antonio Ruiz, el constructor, superior de las Doctrinas Guaraníes

Las fiebres quemaban a los indios de las colonias cercanas a las dos reducciones, situadas aquéllas en lugares bajos, hacinada la gente. Montoya también enfermó, y dado que el padre José Cataldino fue llamado a la Asunción, no permanecían en los reductos del Guayrá más que tres catequistas. La muerte se llevaba a los indios cristianos sin confesión ni los ansiados consuelos.

Decidieron los jesuítas reunir a todos en dos lugares sanos, mas los escollos no faltaban nunca en las aguas misioneras. Roque Maracaná se negó a fusionar su pueblo con otros; le iba en ello el honor.

En los inusitados ruidos y la algarabía que crecieron en la noche, Antonio Ruiz y Si-

món Masseta se acongojaron con la idea de que nuevamente la indocilidad de los principales acabaría con ellos y con la apostólica empresa. Mas la Providencia actuaba. Maracaná irrumpió en muy temprana hora en casa de los jesuítas y les reveló que había sido despertado en mitad de la noche por una voz que le ordenó: "Múdate, haz lo que te manda el padre". Ante ese mandato divino, llamó a su pueblo entero y dispuso el inmediato traslado.

En un clima cargado de anunciaciones, de milagros, atravesado por voces proféticas, por almas del purgatorio en demanda de oraciones y limosna de misas, preñado de hechos demoníacos, suspenso ante resurrecciones, los misioneros triunfaban. Los indígenas sentíanse envueltos por las sugestiones profundas de la religión cristiana. Los hechos del Nuevo Testamento penetraban con un deslumbramiento portentoso en sus almas místicas.

Antonio Ruiz se detiene repetidas veces a referir los aconteceres sorprendentes de que fueron actores sus alumnos. El padre Juan Vareo, que empleó la música en la obra misionera y encontró el maravilloso eco del sentido musical de la gran familia, estando

enfermo en Loreto oyó que un cantor alumno suyo lo llamaba desde la ventana: "¡Ea!, padre Juan, vámonos al cielo". Refirió esto a los doctrineros, extrañado de que estando el discípulo enfermo hubiese llegado hasta allí. Cuando le contestaron que ya había expirado, comprendió que a él también le había llegado su hora y manifestó: "Yo muero muy consolado de morir en tan dichosa demanda de la conversión de los indios".

Ya era llegado el momento de emprender nuevas reducciones. Antonio Ruiz de Montoya, dueño de vastos proyectos, instaba a sus compañeros a la conquista espiritual en grandes medidas. La experiencia en conocer a los guaraníes y sus nobles calidades, el mejor dominio del idioma, ajustado el plan estructural de las doctrinas, sólo faltaba que fuese aumentado el número de misioneros, puesto que el ánimo sobraba. Dejando a cuatro padres en Loreto y San Ignacio, se adentraron en la espesura tres sacerdotes: Montoya, Cataldino y Salazar.

La primera doctrina cuyo trazo establecieron fué San Francisco Javier, en 1622, hacia el sudoeste de San Ignacio Miní, en la región de Ibitirembetá. Reunidas varias al-

deas amigas, se alcanzó el número de mil quinientos vecinos. Pero antes de lograr este triunfo, amenazantes huestes pretendieron destruir a los catequistas. En los momentos en que se decidía su destino, Antonio Ruiz se acercó a José Cataldino, que seguía dedicado a la construcción de la capilla, y le dijo: "Padre mío, hoy me parece que será el último día de nuestra peregrinación", y con igual calma y sin dejar la tarea, le contestó éste: "Cúmplase la voluntad de Dios".

Prosiguió luego la marcha por los senderos pesados de lianas y malezas, cruzados por reptiles, húmedos entre las selvas, ardientes en los llanos, siempre a pie, alzada una cruz de dos varas de alto, que constituía su único, aunque poderoso auxilio.

La acogida en las aldeas no dejaba de mostrarse cordial. Les era tributado el homenaje del saludo ritual, practicado por la gran familia al arribo de los visitantes bienvenidos. Grupos de mujeres, acuclilladas en semicírculo frente al huésped, exhalaban suspiros, ayes, y prorrumpían en llanto, entrecortado por la recitación de las desgracias que ensombrecían al pequeño mundo de la *taba,* las muertes acaecidas. Condolíase el viajero a su vez. El carácter eminentemente

elegíaco del saludo ritual, el constante recuerdo de los muertos queridos, de quienes se enumeraban las virtudes, lo identifican como una ceremonia fúnebre.

Inquirió Montoya acerca de tan halagüeña predisposición en el ánimo de las comunidades indias hacia los padres, que si bien se acercaban desarmados, pacíficos, portadores de la palabra de amor del Hijo de Dios, no dejaban por eso de ser extranjeros. Eran las arengas inflamadas de los *payé,* las que inducían en oportunidades a la gente a volverse hostil.

Al igual que tantos otros catequistas, aceptó Montoya la fantástica idea de que el apóstol Tomás ilustró las Indias con su prédica, y que asediado por los indígenas huyó hacia el Cielo, dejando los rastros de sus pies y su cayado en caminos y playas.

La analogía entre el nombre de Sumé, el héroe civilizador y profeta agrícola de los tupiguaraníes de la costa del Brasil, y Tomé, Tomás en portugués, dió motivo a confusión y sirvió de germen a esta curiosa noticia.

Referían los mitos nativos que transpuestos los ciclos del génesis, luego de sucesivas destrucciones y reconstrucciones de la tierra y de la humanidad, vivió un demiurgo entre

los hombres, a quienes instruyó acerca del curso de los astros, reveló el milagro de la siembra, el cultivo de la mandioca e instauró normas de convivencia y ceremonias y ritos de sentido religioso. Virtudes esotéricas y prodigios mánticos revelaban en él su origen sobrenatural.

La ingratitud humana hizo echar al olvido los beneficios concedidos por el tesmóforo. Primó el temor a su nigromancia y sus artes de hechicería, con las que realizaba metamorfosis de hombres en pájaros y bestias. El pueblo persiguió al numen con saña y éste, acosado por quienes intentaban darle muerte, en un salto de maravilla perdióse en el espacio.

En las distintas latitudes de la dispersión tupiguaraní el mito era conocido, con variantes de forma y distintos apelativos de la deidad civilizadora.

Siempre era aguardado su retorno. La legendaria advertencia de *paí Sumé,* de que volvería nuevamente a deambular entre los hombres, hacía que los miembros de la gran familia recibiesen con religiosa devoción a los blancos, particularmente a los sacerdotes, por considerarlos sucesores o descendientes del héroe mítico.

Al capuchino Andrés Thevet, como a los jesuítas Nóbrega y Anchieta, sus interlocutores indios comunicaron, en el siglo XVI, la creencia de que los europeos cumplían las profecías del numen que tantas enseñanzas legó.

Esa tradición actuó en beneficio de la conquista blanca y la penetración del pensamiento cristiano. Análogos mitos se hallaron presentes en el proceso histórico que condujo a la destrucción de Tenochtitlán.

Desarraigar las antiguas creencias significaba una labor constante que los jesuítas no descuidaban. La *Conquista espiritual,* de Antonio Ruiz de Montoya, trae testimonios valiosos referentes a las profecías que se tomaban de los cuerpos de los grandes hechiceros muertos, reliquias venerandas. Comunica el autor, en el capítulo XXVIII, *De cuatro cuerpos muertos de indios que eran reverenciados en sus iglesias,* el hallazgo, en unos cerros, de ermitas funerarias donde se conservaban los restos emplumados de antiguos magos, cuyos oráculos interpretaban los hechiceros. El templo con bancos, que indica Montoya, responde ya a la influencia de la religión apostólica.

Establecidas cuatro reducciones más: en 1625, Encarnación, sobre los territorios señoreados por el principal Pindó, más al sudoeste de San Javier; San José, sobre el río Tibagi, afluente del Paranapanema; en 1626, San Pablo, a orillas del Iñeay; y San Miguel, en el mismo año, en el Ibianguí, la más avanzada hacia la costa atlántica, el apóstol del Guayrá intentó la conquista de una región que se titulaba Tayaoba, por ser éste el nombre de un principal de ancha fama. Tayaoba aceptó de buen grado el agua bautismal; pero la influencia de Guiraberá, Pájaro Brillante, el gran mago, y de otros hechiceros, puso en grave aprieto esa empresa, y al padre Antonio muchas veces al borde del martirio.

En el primer intento cayeron asaetados siete indios amigos, en torno al padre, que encontró el camino de su preservación por conocer todos los ardides de la guerra guaraní; se deslizó por entre las breñas con la agilidad y astucia de un combatiente de la gran familia. Escribió Montoya, al memorar esa penosa y larga huída: "...iba yo tan cansado y atravesado el corazón con las siete muertes de mis compañeros..."

Tornó por segunda vez el titánico luchador, remontando la senda de su primera fuga. Quebróse su jornada, mas no su voluntad. Le dolió que le hubiesen apresado a su monacillo indio.

En la tercera incursión, y muy en desfavor de sus deseos, un contingente de españoles de Villa Rica, confiados en sus bocas de fuego y sus aceros, seguidos de varios cientos de indios, arremetió contra ese reducto en que la voz de los magos era escuchada. Montoya se incorporó al concurso guerrero, del que no esperaba resultados útiles, pues las armas mejores para el triunfo eran la cruz, el mensaje divino y la humildad.

Desamparada por los guaraníes la aldehuela donde fué hecho prisionero el ayudante de misa del padre Antonio, los acompañantes de éste le trajeron unas grandes ollas de carne cocida con maíz, de que se sirvieron todos. El jesuíta juzgó que era carne de caza, y comió; pero del fondo de la vasija sacaron luego la cabeza, manos y pies del monacillo, con cuyo cuerpo se había preparado esa comida ritual.

La derrota rechazó a los españoles. Pero el prestigio de la palabra del apóstol atrajo

a muchos guaraníes a la fe, y el gran mago Guìraberá se acercó a los padres, aceptó reconocer al Dios único, y en la región tantas veces asaltada por Montoya surgieron los pueblos grandes, las iglesias; eleváronse los coros dulcísimos de los *cunumí,* los niños, de tan gratos ecos. Y de los campaniles rústicos se abrió en ondas místicas el doblar de los bronces, asombrándose en la selva, subyugando a los espíritus como un llamado de trasmundo, y las cruces procesionales se hamacaron por encima de las masas de indios, sobre los cánticos litúrgicos.

En 1627, a poca distancia de San Miguel de Ibianguí, reuniéronse, en torno a la plaza grande amparada por la iglesia, las casas de San Antonio, junto al arroyo de Ibiticoí; y dando una medida de la potencia de la Compañía y de su ascendiente y fascinación, construyóse en el decurso del mismo año Concepción y San Pedro, las más meridionales en el Guayrá. Al año siguiente tuvieron realización tres nuevas fundaciones: Los Siete Arcángeles, Santo Tomás, en homenaje al apóstol del mito americano, y Jesús María, vecinas unas de otras en los antiguos dominios de Tayaoba, entre los serrijones del corazón del Guayrá.

VIII

La expansión "bandeirante"

En un aire trágico, la conquista espiritual quedó suspensa. El año 1628 trajo consigo la hora del reflujo. Las olas de las *bandeiras* paulistas romperían contra los inermes pueblos de las doctrinas. Angustias alucinantes, escenas de horror siguieron las marchas de los corsarios de la selva. Esa marea, que de la costa atlántica irrumpía con increíble audacia en el sertón y más allá, y llegaría hasta los contrafuertes andinos, crearía, muchas veces golpeando en el vacío impulsada por su propia inercia, el desmesurado cuerpo del naciente Brasil.

En el primer año del siglo XVI, las naos lusitanas de Manuel *el Venturoso* afianzaron la posesión de las costas occidentales de

las nuevas Indias para su corona, que se enjoyaría con otras y riquísimas posesiones en Africa y en el Oriente esbozado por Marco Polo. La línea de Alejandro VI, hecha girar hacia el oeste en Tordesillas por los regios negociadores, dividió el mundo en dos mitades, ancho campo abierto a las conquistas de ambas naciones iberas.

En la costa de la tierra de Santa Cruz comenzaron a eslabonarse pobres factorías asomadas al océano, inseguras. Luego se fortaleció la colonización con el sistema de las capitanías y, más tarde, obtuvo mayor cohesión con el gobierno general establecido en la ciudad de Bahía.

Crecieron los ingenios, la explotación del palo de tinte, las sementeras. Pero siempre el asedio de los antiguos dueños de la tierra traía la destrucción, el asolamiento. Las ambiciones conquistadoras de franceses y holandeses eran otros factores adversos a esa lucha por el crecimiento.

Primero la colonización se extendió en longitud, recostada sobre el mar, por donde venía el auxilio y era camino de salvación frente a los ataques de los formidables guerreros tupiguaraníes. Mas luego los derribos y las alquerías se extendieron hacia el inte-

rior, en gesta tenaz. Era preciso que el brazo de los empenachados combatientes laborase en producir riquezas agrícolas; una esclavitud sin atenuantes les fué impuesta. Los nuevos amos, regidos por su sola voluntad, y acicateados por las ganancias, movíanse por un desbordado sensualismo del poder, de los placeres, se trasladaban en hamacas sostenidas por sus siervos, seguidos de su cortejo de mujeres indias.

Los surcos y los cañaverales, el castigo y la muerte, la enfermedad o las fugas mermaban los brazos, que era urgente reponer. El tráfico de indios se inició en esa época temprana. Juan Ramallo, en el planalto, afincado desde 1520 entre indígenas, se dedicaba a la caza de esclavos en el interior y los enviaba al litoral, a su socio Antonio Rodrígues, para ser subastados.

Las *bandeiras,* grupos de blancos, acompañados por los mamelucos, hijos que hubieron en la tierra con las dulces indias, partían hacia occidente a la búsqueda de esclavos para las *fazendas,* las minas. Eran expediciones donde los peligros sobraban. Ejemplo fué la de Pero Lobo y sus ochenta hombres, ultimada toda.

Los traficantes penetraban cada vez más hacia el Paraguay, por el camino clásico de San Vicente, pues sustituía al fluvial, remontando el anchuroso Plata. Y los españoles de la Asunción favorecieron en ocasiones ese comercio humano. Juan de Salazar acusaba de ello a Irala en 1553, y éste a sus enemigos políticos. El rey de España advirtió que tal cosa no fuese permitida. Los gobernadores del Paraguay trataron de crear ciudades en el Guayrá para detener los crecientes avances de la gente del Brasil.

No obstante, la expansión portuguesa hacia el ocaso se convertía en corrientes continuadas. La línea de Tordesillas se levantaba como una barrera que por mar la apoyaban las bombardas y pedreros de las naves del emperador Carlos.

España había sojuzgado imperios colosales en las Indias de occidente, el de Moctezuma, el de Atahualpa, y gigantescos territorios e infinitos pueblos, y si bien Portugal tenía en sus horizontes la Etiopía, el Indostán y la remota Especería, los metales en el corazón del continente americano atraían con fuerte sugestión a los conquistadores lusitanos. El imperio del Rey Blanco, entrevisto por Alejo García y al que Gaboto es-

tuvo en vías de alcanzar por el camino del río en que murió Solís, sedujo a la corona portuguesa. Un índice de esto lo constituyó la incursión de Martín Alfonso de Souza, que erigió en aquel estuario y pórtico las armas de su rey.

La armada de don Pedro de Mendoza, luciente y formidable, que estableció en la boca del río el puerto de Nuestra Señora del Buen Aire, no dejó dudas de la decisión hispana de impedir que Portugal desbordase el acuerdo de Tordesillas.

Las *bandeiras* se adentraron a espaldas de las capitanías. Fueron ellas las que hicieron trastabillar el fantasmal meridiano y quebrarse como si fuese de cristal. Primero los esclavos, después las minas, la abierta conquista siempre.

La Compañía de Jesús trató de mejorar la condición de los esclavos indios, modificar las costumbres libérrimas y sin freno de blancos y mamelucos. Constituída la Provincia ignaciana del Brasil, en 1553, la obra evangelizadora adquirió grandes proporciones, contando con catequistas de la talla de Nóbrega y Anchieta. El primero envió a San Vicente a los padres Leonardo Núñez y Die-

go Jácome a establecer una casa de la Compañía. Lo hicieron en 1550.

Nóbrega, el primer provincial, intuyó de inmediato que en mayor medida que la costa, era en el interior donde debía golpearse en el yunque de la conversión de los gentiles. Propugnó entonces la creación de un pueblo, trasmontando la Serra do Mar. Tal mandato fué cumplido, en la aldea indígena de Piratininga, por el hermano Anchieta, Manuel de Paiva y otros cofrades, el día de la conversión del apóstol San Pablo, el 25 de enero de 1554. El colegio loyolista fué el núcleo del que se formaría la ciudad. En Santo André da Borda do Campo, vecino de Piratininga, el tráfico esclavista proseguía, sin que la prédica de los jesuítas tuviese algún efecto.

La reacción de los nativos no dejaría de mostrarse, con la fiereza temperamental de la gran familia, exacerbada por el trato infamante de los invasores. En julio de 1562, la confederación de los carijoes, tamoyos y tupíes mandada por Jagoanharo y Arary asaltó los muros de estacas y adobe de San Pablo. Juan Ramallo fué designado capitán para la guerra, por su prestigio de *bandeirante* y su parentesco con el jefe, el *morubixaba* Tebyriçá, con cuyo auxilio se re-

chazó el formidable asalto de los empenachados guerreros comedores de hombres. No obstante, sus correrías, muertes, destrucción de sementeras y carnicería de vacadas proseguían.

El creciente aumento de blancos y mamelucos, la victoria portuguesa sobre la Francia Antártica, amiga de los tamoyos, dieron mayor empuje a las *bandeiras,* que volvieron a golpear como arietes en el sertón. En 1581, Jerónimo Leitâo dirigió una gran entrada que llegó más allá del Paranapanema. Los traficantes de esclavos multiplicaron sus incursiones, apresando contingentes de éstos, cada vez necesarios en mayor número, por ser muchos los ingenios, y las rozas y las epidemias.

No siempre la gente de las *bandeiras* volvía con las preciadas cadenas de eslabones humanos, sino que servía de trofeos en las fiestas de la renovación y la venganza. Y San Pablo de Piratininga y los pueblos del litoral volvieron al terror, y la población rural sentíase sin protección ante los tupiguaraníes que en todo momento podían aparecer por las puertas de la selva.

El cabildo de San Pablo, baluarte adentrado en tierra de la heroica gran familia, re-

dobló sus pedidos de auxilio a Río de Janeiro y Santos, ante el desastre de la *bandeira* de Antonio de Macedo y Domingo Luis Grou, sorprendida en el sertón, en 1593, y casi exterminada, así como los tupinaés que la acompañaban.

Dos años después, el capitán Manuel Soeiro dirigió una entrada al sertón, seguida por otra a cuya cabeza marchaba el capitán mayor Pereira de Souza. Ambas desorganizaron a las aldeas de donde emergían los ejércitos emplumados que se precipitaban en la lucha, ya definitivamente perdida, contra los blancos.

Entonces comenzó a levantarse la marea de las *bandeiras* y a forjarse la geografía del Brasil. Los esclavos y las minas eran el objetivo primero; pero evidentemente en los hombres de gobierno estaba latente el fin político. El gobernador general Francisco de Souza fué, a la entrada del siglo XVII, el gran impulsor de esa capital empresa.

Tres expediciones escalonaron con sus proyecciones el ritmo posterior de las *bandeiras*. Alfonso Sardinha *el Mozo,* en 1598, avanzó por Río Grande con sus mamelucos, logrando numerosas presas. Descubriéronse por esa época las venas de oro de Jaguará y

los yacimientos de hierro de Aracoyaba. Sucedieron luego las dos travesías oficialmente impulsadas: la de Antonio de Leâo, por el Matto Grosso, y la de Nicolás Barreto, en 1602.

La Orden de San Ignacio, tras múltiples diligencias, obtuvo del gobierno de Lisboa, en 1595, la prohibición del tráfico esclavizante. Y tres años después, la Cámara de San Pablo dió nacimiento al cargo de Capitán de las Indias, con el propósito de velar por los autóctonos y ser su representante. Como se hizo palmario con las entradas que siguieron a estas medidas, su aplicación tuvo sólo un leve aspecto formal.

Los cruceros por la selva habrían de recrudecer en número y audacia en el siglo XVII, en que se efectuó el choque contra las reducciones jesuíticas, florecientes y pacíficas, del Guayrá. Ellas ofrecían muchedumbres de guaraníes instruídos en la agricultura, reunidos en pueblos donde era fácil apresarlos. Tan sustanciales veneros no iban a ser dejados a un lado, ni se optaría por la lucha aciaga contra las aldeas aisladas y los guerreros habilísimos en la escaramuza y la huída.

El tráfico negrero se iniciaba en San Vicente. La excelencia del africano en las tareas rudas, obediente y sumiso, lo haría con el tiempo el reemplazante de los empenachados guerreros, en surcos, minas y cañaverales. Los antiguos señores de la tierra, los conquistadores de ese cosmos en que implantaron su civilización y sus grandes mitos, no pudieron avenirse a la esclavitud ni toleraron el látigo. Las *bandeiras,* la guerra, las faenas, las pestes trituraron los miembros de la gran familia.

IX

El asalto a los pueblos del Guayrá. La caza de esclavos

Mil seiscientos veintiocho. La marea *bandeirante* se precipitó como un flagelo apocalíptico por los sembrados, los campos de pastoreo, los mismos pueblos del Guayrá. Cautivar a los indios era, en ese terreno, el móvil imperioso. Siendo los oprimidos muchos y los opresores pocos, el terror y la mano violenta daban a éstos supremacía irrebatible.

En palenques hacinaban a los desorientados catecúmenos, que volvían su esperanza a los padres y oraban con angustiosa fe. Montoya, José Domenech y Cristóbal de Mendoza, seguidos de algunos principales, acudieron a los jefes de la entrada, a sus reductos fortificados. Mas según relata Anto-

nio Ruiz, los recibieron con descargas de arcabuces y flechas de los indios tupíes. Del séquito de los padres cayeron varios, y el padre Mendoza fué mordido por un dardo.

Nada valió la diligencia. Por el contrario, en pie de guerra y con despliegue de aparato, a son de caja, arrasaron las reducciones de San Antonio y San Miguel. Los jesuítas, confuso el ánimo ante la desolación de los pueblos que en tan largos años de trabajo rudo habían levantado, ante el fuego que consumía iglesias, casas y sembrados, ante las filas interminables de guaraníes cristianos que se tragaba la selva camino de la esclavitud, se multiplicaban para dar el auxilio de la confesión a los que morían quebrados por las armas y la peste. Un padre sustituyó, en la collera que lo apresaba, a un indio enfermo.

Simón Masseta y Justo Mansilla se unieron a la dolorosa caravana. Llamados a la fe en el Señor, no podían abandonar a quienes creyeron en su mensaje. Los padres eran compañeros indeseables en esa ruta larga hacia los muros de Piratininga y el mar.

Escaso el bastimento, voluminosos los bultos de mercancías con que los *bandeirantes* los cargaban, liados muchos por el cuello,

en ristras, para hacerles abandonar la idea de la fuga, en particular a los corregidores y alcaldes de los pueblos misioneros, los cautivos enfermaban, pues los hacinamientos y el hambre traen pronto a su inseparable amiga, la epidemia. Los ignacianos socorrían a los que, rezagados por su flaqueza, se acercaban al término de sus vidas.

El capitán mayor de la *bandeira,* Antonio Raposo Tavares, prohibió a los padres que siguiesen a los cautivos. Pero prosiguieron, no obstante, junto a otro rosario de sus amados catecúmenos. En San Pablo, las pretensiones de los misioneros, de que los indios cristianos fuesen devueltos a las doctrinas del Guayrá, estuvieron fuera de lugar, ya que esa gran entrada había arrastrado, sertón adentro, a señores calificados en los medios directivos.

X

El éxodo

Las *bandeiras* proseguían empeñosamente su obra. Cayeron sobre San Francisco Javier, reducción de mucha vecindad. Pero ya los indios comenzaban a tratar de defenderse y habían hallado refugio en los bosques. No obstante, por la precipitación de su marcha, no llevaron suficiente matalotaje, y cuando acudían a sus sembrados eran sorprendidos.

El tormento abría los caminos, y la gente del pueblo, perseguida como piezas de montería, era al fin apresada. Luego el encierro en la estacada; después el largo sendero. Villa Rica, población de españoles, fué también asediada, los indios y los blancos la desampararon, camino de Maracayú.

Destruídas las once poblaciones que había creado, dispuso Montoya que todos los pobladores que lograsen escapar se reuniesen al amparo de la cuna de las misiones del Guayrá: Nuestra Señora de Loreto y San Ignacio Miní. Mas los corsarios de la selva no iban a detenerse. Aproximábase el año 1631 a su fin.

Antonio Ruiz planeó su estrategia, que no podía ser otra, con tales elementos en juego, que la preservación de los indígenas, su traslado más al oeste. Ya ideaba organizar ejércitos de guaraníes con armas de fuego y táctica moderna. Mientras tanto, las riberas junto al Paranapanema y su confluencia con el Paraná se agitaban en la presurosa construcción de canoas y balsas techadas, los indígenas apilaban sacos de maíz, de mandioca, cargaban sus pobres muebles, sus avecillas.

El padre Montoya describió, con esa emoción del actor entre cosas queridas que un destino sombrío amenaza, las escenas patéticas del éxodo. Ya los vigías traían el distante rumor de la invasión, era preciso que la flotilla interminable se apresurase por las aguas siempre lentas de la huída.

"El ruido de las herramientas, la priesa y confusión daban demostraciones de acer-

carse ya el juicio", escribió en su *Conquista espiritual.* Los cinco o seis soldados de Loyola dirigían los últimos aprestos con voces que nadie discutía. No quisieron dejar los cuerpos de los misioneros; los desenterraron y cargaron con ellos, pues si en los caminos de la catequesis fueron juntos no debían abandonarlos en esa transmigración. Consumieron el Santísimo Sacramento y desguarnecieron los templos.

En setencientas balsas y canoas, doce mil personas se alejaron por el Paraná abajo. Una niebla de angustia pesaba sobre los corazones; el enemigo podía surgir en la ribera. Sólo en la oración hallábase reposo para el alma. De las embarcaciones se elevaban cánticos fervorosos, implorantes.

En el mismo instante en que los sagrados ornamentos fueron sacados de aquellas iglesias, una imagen que era adorada en la doctrina del Paraná a donde Montoya guiaba el éxodo, comenzó a sudar gotas en tal medida que los sacerdotes no alcanzaban a secar y este anuncio portentoso les hizo prever algún grave sentimiento del Altísimo.

El camino de tierra sustituyó al fluvial, intransitable en el tramo del salto grande del Guayrá, donde las aguas provocan impetuo-

sos remolinos. Forzoso fué que cada cual cargase con su red, sus utensilios, su harina de maíz y mandioca. Unióse a la caravana la gente que seguía al padre Pedro de Espinosa, en fuga también.

En ocho días de caminar alcanzaron nuevamente el gran río. Los instrumentos de música, que tanto amaban los guaraníes, quedaron tirados en la estela del afligido cortejo.

Sobre el Paraná, terso ahora, el pueblo del éxodo se acercó al lugar de su destino, cercano del codo en que el río cambia su orientación hacia el oeste. Pero allí, si bien estaba el límite de la peregrinación, no se encontraba el de los trabajos del guía ni el de los padecimientos de los feligreses.

Se languideció por muchos meses, con la escasa ayuda de las reducciones de Itapuá y Corpus, mientras se rozaba el campo, se procedía a la siembra y se esperaba la recolección.

"¿Quién podía sustentar aquella multitud en la soledad, y por largo tiempo —escribió Montoya— en donde no hallaron cosa alguna, sino aquel Señor que con cinco panes sustentó a otra multitud en el desierto?"

Nuestra Señora de Loreto y San Ignacio Miní renacieron en medio de la pobreza, circundadas por las frondas de la ribera oriental del Paraná.

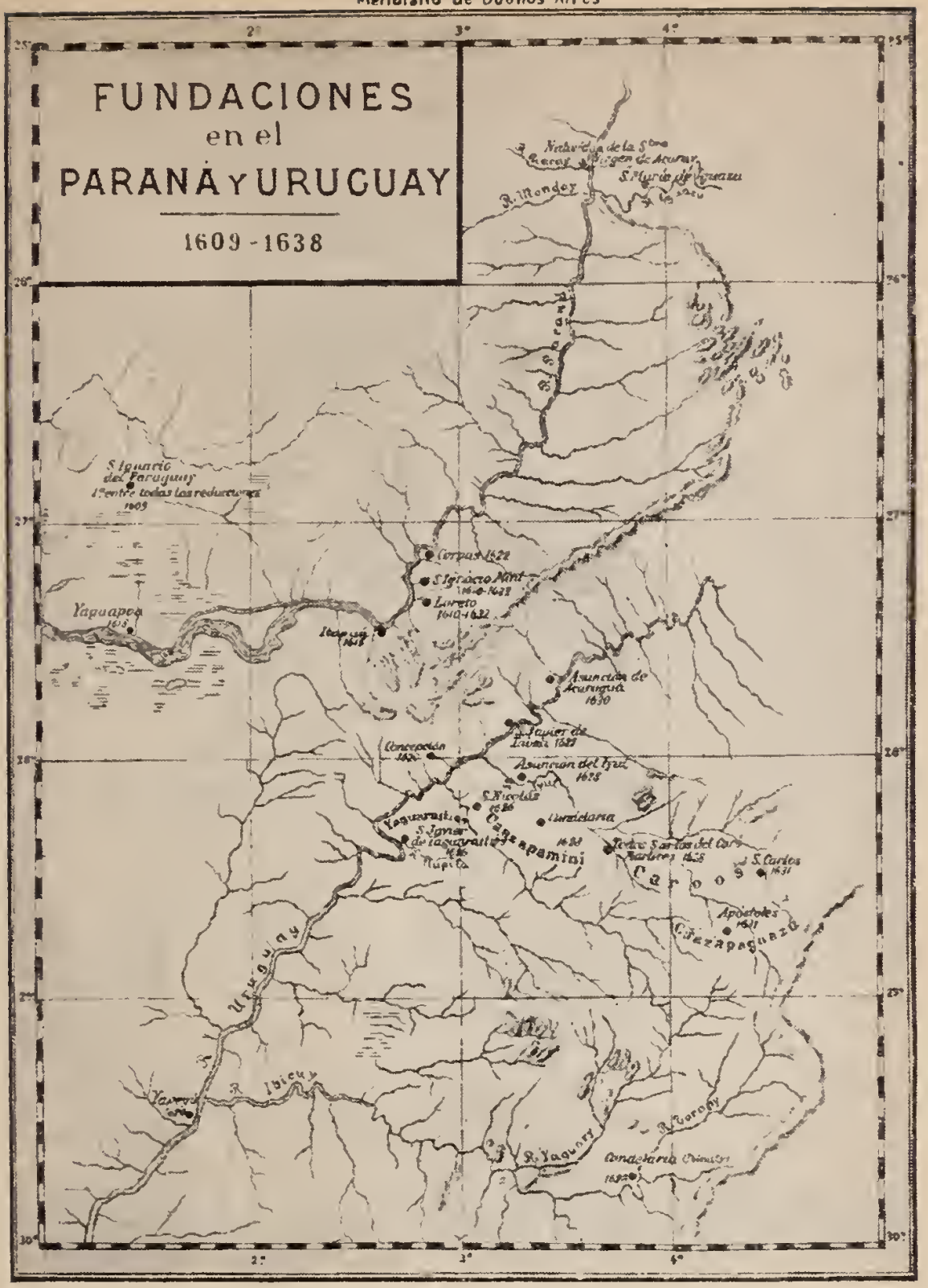
La disentería roía los cuerpos exhaustos. Hubo afligente mortandad, sólo un tercio sobrevivió. El padre Antonio confesaba a los que fluctuaban en las fronteras; luego, antes de administrarles la Extrema Unción, los exhortaba: *"Chapico cheraî aruniche ñandi robaçapi ndebe, nde anga aycue pohang eté hába. Ero angapiçi angá condembaeraçi Tûpã emoña nderecó ypoteramboé. . ."* "Advierte hijo que te traigo el sacramento de la Extrema Unción, para remedio de tu alma. Consuélate con esta tu enfermedad, porque así lo quiere Dios . . . "

Pero el trabajo y la fe se sobrepusieron a los desasosiegos de la transmigración, dominaron al hambre y la muerte. Colmáronse los trojes con maíz, la mandioca se dió con extremada abundancia, y así las legumbres, el algodón. Los ganados se multiplicaron.

Los muros de la iglesia de Nuestra Señora de Loreto se alzaron por nueva vez, repitiendo la traslación legendaria de la Santa Casa en que se obró el misterio de la Encarnación.

XI

Los mártires



Adaptado de P. HERNANDEZ

Organización Social de las Doctrinas guaraníes de la Compañía de Jesús

Como superior de las misiones del Paraguay, para Antonio Ruiz todo el drama de éstas hundía sus raíces en su corazón.

Si los pueblos se situaban cercanos unos de otros y los guaraníes empuñaban aceros y armas de fuego, sin duda alguna sus conocidas aptitudes militares tendrían que hacerse evidentes. Habían demostrado apego al orden de las doctrinas. La esperanza en la ayuda de los gobernadores españoles no era mucha, mientras que los encomenderos aplaudían el sistema de las *bandeiras* y censuraban el jesuítico.

Otros factores se agregaban a los flagelos encarnizados en hacer zozobrar la obra misionera en el verde piélago de la selva: los asal-

tos que llevaban a los sembrados y las ganaderías tribus primitivas, como las payaguaes y guaycurúes, en el Paraguay, para quienes el régimen de las doctrinas era inaplicable, al igual que para los yaroes, minuanes y charrúas, en la margen izquierda del Uruguay.

La corona del martirio había ceñido la frente del padre Roque González de Santa Cruz y de sus compañeros Alonso Rodríguez y Juan del Castillo, en las fundaciones del Uruguay. Ocurrió en ese año crucial de 1628.

Roque González, a semejanza de Montoya hijo de América, nacido en la Asunción, tanto como la castellana tenía por suya la plástica lengua de la gran familia, y su elocuencia arrebatada superaba la de un *tubixá* o de un *payé*. En 1609 ingresó en la Orden, y dos años después reemplazó en la primigenia San Ignacio Guazú al fundador Lorenzana.

De contextura espiritual similar a la de Antonio Ruiz, Roque González sentía sobre sí el peso de la responsabilidad del triunfo de la obra misionera. Descendió al Alto Paraná. En 1615 estableció Santa Ana y, más al oriente, Itapuá. De allí atravesó la tierra hasta el río Uruguay, dentro de la jurisdicción del obispado de Buenos Aires, por re-

giones inexploradas; y en gesta que sorprende por los peligros vencidos y los buenos frutos, hizo que los indígenas aceptasen la nueva fe, renunciando a sus creencias y ritos atávicos, y se reuniesen en doctrinas. Así surgió Concepción, en 1620, cerca de la margen derecha del Uruguay.

Transcurridos seis años, fundó San Nicolás, en la zona de Caazapaminí, San Javier de Yaguaraitiés, en la orilla del Itapitã, y Yapeyú, más abajo de donde el Ibicuy penetra en el Uruguay. En 1628, después de explorar la región del Tape, hacia las fuentes del Ibicuy, tornó al Uruguay, donde asentó Candelaria de Caazapaminí y Asunción del Iyuí.

Acercóse a su glorioso tránsito. Muchas veces en las encrucijadas de sus rutas apostólicas intuyó el martirio. Ni la vida ni la muerte significaban algo para él fuera de su misión; pero le eran aceptables y gratas dentro de ella. Entró en la región del Caró, entre los arroyos que alimentan el río Iyuí.

El jefe Necú, nombre cuyo significado es reverencia, que debía su poderío a su magismo y astucia, pareció apreciar el mensaje cristiano, los proyectos del jesuíta de edificar una casa para la Santísima Trinidad y

ordenar la existencia de las aldeas en pueblos grandes, bajo su amparo.

El asunceño, secundado por los padres Juan del Castillo y Alonso Rodríguez y con el apoyo del mago, vió construído el templo y nacer el pueblo de Todos los Santos del Caró. Transcurría el mes de noviembre.

Palabras, estados de ánimo, aprensiones, obraron en la mente de Necú, que había de ser el instrumento por el que el destino de los misioneros habría de cumplirse. Temió fuese cierta la calumniosa voz de un guaraní renegado del catolicismo, que le exponía, con tonos palpitantes de realidad, cómo los extranjeros harían de la gente del pueblo su esclava y él sería abatido de su dignidad de jefe, convertido en una piltrafa. Necú resolvió.

Una mañana, el padre Roque terminaba de atar una sonora campana de bronce al campanil, junto al templo, y la alegría lo inundaba al pensar en que sus ondas regirían la nueva vida de los gentiles. En ese instante una maza, una pesada *tangapema* le quebró el cráneo. Y anotó Montoya ". . . con que a golpes y repique de campana voló su alma regocijada al cielo".

El padre Alonso, atacado en su choza, recibió tremendas heridas. Se adelantó ha-

cia sus verdugos con expresión de asombro, y con voz dulce les preguntó: "Hijos, ¿por qué me matáis?" Avanzó tambaleante hacia el templo, a cuyas puertas cayó.

El tercero de los mártires del Caró, el padre Juan del Castillo, recientemente iniciado en la catequesis misionera, fue alcanzado mientras actuaba en su noble ministerio en Asunción del Iyuí.

Sólo envidiaba Antonio Ruiz a los que recibían el celeste favor de la aureola del martirio; mas no le estaba reservada. A él le tocaron los trabajos sin cuartel, dirigir, en ese campo de batalla que abarcaba dimensiones desorbitadas, la estrategia que pusiese a las doctrinas al abrigo de la penetración paulista, mientras que con energía singular era indispensable tonificar la moral de los neófitos a la espera de la adopción de medidas eficaces.

Siempre era de esperarse que la corona de España, señora de Portugal desde 1580, en que Felipe II dispuso sojuzgar al competidor ibero, impusiese su criterio con respecto a las fronteras de las gobernaciones del Río de la Plata y del Paraguay y aquellas de las capitanías.

Al retirar del Guayrá las únicas doctrinas no destruídas, Antonio Ruiz, como superior, dispuso la conversión de los itatines guaraníes, en la margen izquierda del Paraguay, entre los ríos Jejuy y Mbotetey, al norte, y las sierras de Amanbay al oeste. Los misioneros Diego Ranzonier, Justo van Surk Mansilla, Nicolás Henart e Ignacio Martínez, en promisorias jornadas crearon cuatro reducciones, hacia el Mbotetey, en el año 1632.

Creyó Montoya que esos pueblos, tan alejados rumbo al noroeste, escaparían al torbellino de las *bandeiras;* pero no había tenido ocasión de apreciar la vitalidad del Brasil en formación. En ese mismo año atronaron las bocas de fuego por sobre la gritería de los itatines maltrechos, los incendios de los pueblos.

Nuevas ristras de esclavos caminaron hacia el océano, sumándose a los sesenta mil que sólo entre los años 1628 y 1630 fueron arrancados de sus casas y de sus sembrados en el Guayrá.

Las fundaciones, cuya orientación señaló el mártir Roque González en el Tape, sobre el Ibicuy y en la vertiente atlántica, surgieron numerosas entre los años 1632 y 1635. Cristóbal de Mendoza, que subió desde Bue-

nos Aires con el superior Montoya, inició la serie de diez pueblos grandes con el establecimiento de San Miguel, en el río Poropy, al pie de las sierras. Al igual que su precursor en ese teatro, conoció los terribles momentos del martirio. Ambos alcanzaron la gloria permanente; mas sus esfuerzos terrenos quedaron desechos por las invasiones de mamelucos en 1636 y 1638.

XII

Antonio Ruiz, procurador de la Provincia jesuítica del Paraguay ante la corte

En Córdoba del Tucumán, los padres agudos en el consejo resolvieron adoptar mayores providencias. Antonio Ruiz, el más vigoroso de los hombres que gestaron las Doctrinas Guaraníes, el más emprendedor y de voluntad más firme, que había anulado a su materia humana para consustanciarse con su misión, fué elegido para defender la causa misionera y la preservación de los indígenas ante el rey de España. Tan alto juicio era requerido, pues los gobernadores del Paraguay y del Río de la Plata dudaban en la acción.

Con el nombramiento de procurador de la Provincia jesuítica del Paraguay ante el monarca, emprendió en 1637 el largo viaje

a la corte, que dos veces intentó desde Lima por Panamá y no permitió su sino que cumpliese. Comprendía ahora el significado de los anuncios extraterrenos.

Aparte de los vehementes argumentos que mostraría ante los señores del Consejo de Indias, llevaba los apuntes fidedignos de los hechos de que fué actor en casi treinta años de trabajos y agonías en selvas y ríos.

Cargaba también en su avío los preciosos manuscritos de su arte, vocabulario y tesoro del idioma guaraní, y de su catecismo. Confiaba en que esos trabajos habrían de apoyar grandemente las demandas jesuíticas, al servir a crear un concepto acerca de la riqueza lingüística de la gran familia y asentar, por allí, su grado de capacidad intelectual, como era también fácil demostrarlo por la sorprendente manera en que se adaptaban al cristianismo y a la cultura occidental.

Arribó por segunda vez a Buenos Aires. Lo hizo en compañía del padre Francisco Ruiz Taño, procurador en Roma, y del provincial Diego de Boroa, con quien trató largamente el negocio vital de la subsistencia de las misiones.

Obtuvo, el 4 de octubre de 1637, la aprobación del padre provincial para publicar

sus trabajos lingüísticos. El mismo día le fué concedida la venia por el comisario de la Santa Cruzada y vicario general del obispado del Río de la Plata, canónigo Gabriel de Peralta, quien manifestó su convicción de que la obra de Montoya constituía un sólido apoyo para el arraigo de la fe, por estar explicada la doctrina con claridad y galanura y ser útil para los misioneros en aquella gentilidad "en la qual es muy notorio aver hecho su Autor tan gran provecho con su predicación".

Navegó Montoya por el ancho océano hasta la tierra de sus padres, la España que para los americanos como él tenía lejanías de leyenda. Acudió a los estrados del Consejo de Indias; hizo patente con su verbo exacto las dimensiones del drama de los guaraníes y de las doctrinas, sus consecuencias políticas. Presentó informaciones jurídicas, cartas del presidente de la Audiencia de Charcas, de gobernadores y obispos.

La trascendencia del problema aconsejó al monarca reunir una junta particular de altos dignatarios, para su estudio. El batallador Felipe IV, al que acercóse Montoya, ordenó al virrey del Brasil adoptar las providencias que le enumeraba por capítulos en

extensa carta. Dispuso también el envío de un nuevo obispo e inquisidor a Río de Janeiro, que completarían la ejecución de los planes reales.

Montoya se aprestaba a partir con el prelado, cuando Portugal se rebeló contra el dominio español y logró nuevamente, después de sesenta años, su independencia.

Desde ese momento, los señores del Consejo advirtieron con mayor claridad que el empuje *bandeirante,* al que nada se hizo para frenar, había tomado una proyección peligrosa, y que esto se evidenciaría con mayor crudeza en el futuro.

Examinóse el negocio desde otros ángulos, tanto el Consejo de Indias como la junta particular y la de guerra consideraron el criterio de Montoya de que fuesen creadas milicias guaraníes y se las proveyese de armas de fuego.

Felipe IV, por real cédula del 21 de mayo de 1640, dirigida al virrey del Perú, marqués de Mancera, le encomendó dispusiese lo más conveniente acerca de armar a los indios para su defensa. La opinión del Presidente de la audiencia de Charcas y de los gobernadores confinantes debería ser escuchada.

Mas esta cédula quedó en suspenso, en virtud de memoriales enviados por vecinos de la Asunción e informes del gobernador Pedro de Lugo y Navarra, temerosos todos de que los guaraníes, instruídos en la táctica moderna y con armas de fuego, se convirtiesen en una amenaza para los propios españoles.

Dos años trajinó el procurador entre oficinas y juntas, hasta declarar ante el Consejo de Estado, rebatiendo a los opositores de la Compañía que se hacía responsable de la fidelidad de los guaraníes. Frente a los funcionarios de la administración desplegó nuevos hechos: la invasión de un verdadero ejército de portugueses, secundado por tupíes aguerridos.

El gobernador de Buenos Aires no estuvo en situación de poder prestar apoyo alguno. Requerido el del Paraguay, Pedro de Lugo, acudió con setenta españoles para servir de fuerza principal a los combatientes guaraníes organizados por los jesuítas, aunque provistos de armas primitivas. Luego les facilitó siete mosquetes.

En los campos de Caazapaguazú se habían enfrentado las vanguardias, y en la lucha, que destacó la pericia del hermano Antonio

Bernal, que en su vida civil había actuado en las guerras de Chile, y el temerario arrojo de los guaraníes, los *bandeirantes* llevaron la parte mala. Unos murieron, diecisiete cayeron prisioneros, los restantes se retiraron por los bosques, perseguidos.

Este suceso, acaecido en 1639, daba la pauta, con los siete mosquetes, de lo que podría realizarse con mayor número, teniendo en cuenta la disciplina severa que existía en las reducciones y el temple de los neófitos. En 1641, en condiciones parecidas, otra *bandeira* había sido rechazada en Mbororé.

Triunfó el amigo y hermano de los indios, pues su condición era la de buscar siempre la victoria. Felipe IV, el 21 de noviembre de 1642, reiteró al virrey Mancera su primera resolución de 1640, aunque más inclinado ahora a proteger sus dominios con esos excelentes soldados guaraníes, dejando a cargo y responsabilidad de los misioneros el cuidado de las armas y municiones. El virrey consultaría a las autoridades enunciadas antes y, no surgiendo inconvenientes, autorizaría lo solicitado por el padre Montoya.

Antonio Ruiz tornó a su ciudad natal. Había partido de Sevilla en junio de 1643. Sus sentimientos más entrañables le hacían de-

sear hallarse junto a los labradores indios, los artífices de los rústicos retablos de las iglesias misioneras. Mas la salvaguardia de esa obra en que gastó su vida le ordenaba seguir en los estrados virreinales.

XIII

La obra lingüística y la crónica misionera

En la villa de Madrid, en la imprenta del rey, había aparecido en 1639 el formidable alegato de Antonio Ruiz en favor de las doctrinas y acusación contra las *bandeiras,* que inclinó a favor del litigante a muchos espíritus. Dedicada al marqués de Monasterio, la obra llevó por título *Conquista espiritual hecha por los religiosos de la Compañía de Jesús en las provincias del Paraguay, Paraná y Tape.*

Descúbrese en este libro el intenso cariño del autor por sus feligreses guaraníes; porque si bien las misiones significan la piedra más preciosa en la corona de la Orden, a esos americanos, de tan personal cultura y tan predispuestos a asimilar la civili-

zación cristiana, se debió que tal empresa triunfase.

Durante ese mismo año terminó de imprimir Juan Sánchez, también en Madrid, el *Tesoro de la lengua guaraní,* para lo que fué preciso fundir tipos especiales. Forma el segundo cuerpo de la obra lingüística de Antonio Ruiz, componiendo el primero el *Arte* y el *Vocabulario,* que aparecieron al año siguiente.

Dedicó su trabajo, que colocó bajo la protección y amparo de la Reina de los Cielos, a los religiosos misioneros entre guaraníes. Les indicaba que el celo para convertir a los gentiles lo había incitado a comenzar esa obra, pues cómo había de persuadírseles, sin los medios adecuados de comunicación. Era la lengua el instrumento creado por el Espíritu Santo para sanar las llagas de la infidelidad. El idioma guaraní mostraba una singular propiedad en sus significados y estaba tan extendido que dominaba el océano por todo el Brasil, ceñía el Perú y alcanzaba los "dos mayores ríos que conoce el orbe", el Plata y el Marañón.

El *Tesoro* es un diccionario guaraní castellano, con nutridos y bien expuestos ejemplos de sus usos. Tarea de tanta minuciosi-

dad fue considerada necesaria por Antonio Ruiz en virtud de las particularidades del idioma vernáculo, como lo advierte: "El fundamento desta lengua son partículas, que muchas dellas por sí no significan; pero compuestas con otras, o enteras, o partidas (porque muchas las cortan en composición) hazen vozes significativas; a cuya causa no ay verbo fixo, porque se componen destas partículas, o nombres, con otras".

El *Arte de la lengua guaraní,* gramática de mucha excelencia, fue impreso por el mismo Juan Sánchez, en un tomo junto con el *Vocabulario,* que trae los vocablos castellanos con su equivalente guaraní. Todos éstos figuran en el *Tesoro* con su valor semántico.

El *Catecismo* salió de las prensas madrileñas de Diego Díaz de la Carrera, en el mismo año de 1640. Antes de ser publicado, ya sus copias manuscritas, que llevaban los misioneros por las sendas de la conquista espiritual, habían servido de llaves mágicas para penetrar en los corazones indios.

XIV

Organización militar de las misiones

Lima. Treinta y siete años se habían deslizado desde que el novicio Antonio Ruiz partiera rumbo al destino que tenía reservado. Volvía ahora para defender esa gran empresa que tanto le debía. Las imágenes de su juventud, sus desvaríos humanos, pues la pureza absoluta no florece en la sangre, los recuerdos, no le dijeron a su alma nada que le hiciese disminuir su tendencia irrefrenable de partir hacia sus indios bienamados.

Dos años de litigar, de ajetreo por los corredores y salas de audiencia, condujeron a la resolución favorable del virrey marqués de Mancera. Agotadas las consultas, el diecinueve de enero de 1646 ordenó se toma-

sen de las salas de armas de Lima y La Plata, ciento cuarenta y seis arcabuces y cuatro mosquetes con sus horquillas, más setenta botijas de pólvora y setenta quintales de plomo, que se remitirían a los oficiales reales de Potosí, a quienes se daba encargo de hacer llegar ese equipo bélico a los padres de la Compañía de Jesús en el Paraguay.

Con tan pequeño auxilio, pero engrandecido por la organización jesuítica, la disciplina impuesta y las calidades marciales que condujeron en otro tiempo a los temibles canoeros a posesionarse de un submundo de proporciones parecidas al conquistado por la Roma imperial, las bases del ejército misionero fueron asentadas.

La gestión del apóstol y protector de los indios no se detuvo ante estos expedientes, pues tendía en forma primordial a estructurar jurídicamente la defensa de las doctrinas.

Por acuerdo del 25 de junio de 1649, el nuevo virrey, conde de Salvatierra, atendiendo a lo expuesto por el padre Antonio Ruiz, cuyas razones declara ajustadas y ciertas, admitió a los guaraníes cristianos como vasallos de su majestad y pertenecientes a la real corona. Les encomendó guarne-

cer las fronteras entre los dominios de ambas monarquías ibéricas, indefinidas aún. En retribución de estos servicios a la causa pública los relevaba de la mita y servicio personal, manteniendo, como único tributo, un peso de ocho reales por cada indio empadronado.

Por presión de los hechos, las misiones, de agricultoras e industriales, se habían convertido en militares. Los hombres aptos fueron instruídos en las artes de la guerra según los cánones españoles. Y de ese cantero de soldados a quienes ni amigos ni enemigos negaron el elogio ni el reconocimiento de sus altas virtudes, marcharon los contingentes que requirieron los gobernadores del Paraguay, como arbitrio inapelable.

Las ambiciones lusitanas de extender sus dominios americanos hasta el estuario del Plata permanecían latentes desde los primeros años de la conquista. Ya en 1531, Alfonso de Souza había erigido en las riberas del gran río que conducía a las minas del Rey Blanco, padrones con emblemas portugueses. Y al iniciarse el año 1680, las acciones del gobernador Manuel Lobo contra la isla de San Gabriel, fueron contenidas por Buenos Aires, cuyo gobernador José Garro

contaba con fuerzas misioneras en su ejército.

El título de *Muy noble y muy leal,* con que distinguió a la ciudad de Buenos Aires el monarca Felipe V, lo debe ésta en gran parte a los soldados guaraníes, que junto a los españoles y criollos rindieron la Colonia del Sacramento en 1705.

Mas tarde, la aplicación del tratado de límites de 1750, producto de arreglos entre las familias que ceñían las coronas de ambos Estados, y que permutaba Río Grande, Santa Catalina y siete doctrinas guaraníes por la reconstruída Colonia del Sacramento, abrió las compuertas de la resistencia guaraní.

Tres años de reveses y victorias, y los ejércitos unidos de España y Portugal fueron necesarios para vencer a los pequeños combatientes. No obstante, su causa fue reconocida justa y Carlos III desconoció la cesión de las misiones.

XV

El tránsito del Apóstol. Ciudad de los Reyes

Al padre Antonio, reconocido en su vejez como eximio abogado, se le ordenó representar, ante los tribunales de la Ciudad de los Reyes, los intereses de la Compañía amenazados de muerte en las misiones guaraníes por la actitud del obispo de la Asunción, Bernardino de Cárdenas.

En abierto conflicto con las autoridades temporales, y opuesto al poderío creciente de la Orden de San Ignacio en virtud de la empresa misionera, desató una agitación que por sus choques, sus intrigas, sus abiertos o torcidos desafíos, repercutió en la metrópoli y en el Virreinato.

El plan del prelado, con respecto a la Compañía, consistía en introducir en las re-

ducciones clérigos seculares en sustitución de los jesuítas. El tenaz mitrado lograría, en 1654, parte de sus fines.

Iniciada la querella, se extendió por más de tres lustros, con sigular ahinco. Y el padre Antonio veía prolongarse los días y los años, sin que le fuese permitido emprender el retorno.

Escribió al provincial Diego de Boroa, confesándole cómo le avergonzaba acudir a palacio y tribunales, aunque hallaba deferente trato y homenajes, que por no desearlos lo enfadaban: "Mucho deseo, padre mío, un buen retiro, donde pueda servir de algo a la religión, sin tantos embarazos, y por horas espero la orden del Padre Provincial para volverme a esa mi provincia".

Durante la espera, buscaba en la meditación, con mayor empeño, estrechar el contacto con las fuentes de la divinidad. Como antes recorrió las ásperas rutas de la selva, la llanura y la sierra, ahora caminaba por las sendas espirituales de la perfección. Había logrado estar siempre en la soledad aunque lo rodease la gente de palacio o los transeúntes que llenaban las plazas; soledad de hombres, pero acompañado por la majestuosa presencia del Señor.

Escribió un pequeño libro de oro, *Silex del divino amor, en que se saca y prende en la voluntad de este fuego divino.*

Eran las flores de su pensamiento, de un lirismo metafísico y una comunicación mística para los que ansiasen alcanzar el reposo del alma en la paz espiritual.

Pero él reconoció que no fué en los textos sagrados ni en la filosofía donde adquirió el conocimiento de los medios para vivir constantemente en presencia de Dios. Lo debió a un humilde y bondadoso guaraní de la misión de Nuestra Señora de Loreto, que tenía la intuición de lo absoluto y descubrió con sencillez el modo, difícil para tantos, de ir siempre acompañado por el Señor.

Mucho debió Antonio Ruiz a ese dulcísimo indio, Ignacio Piraycí, y a la maravillosa lección de su vida. Evocaba su imagen cuando la flaqueza se le insinuaba en el ánimo. Al verlo alejarse cantando hacia el trabajo y regresar alegre, y orar con aquella pureza y sencillez, rodeado de una aureola de reposo y de luz, y al escuchar el eco de sus palabras como puertas para la gloria, pensaba que Nuestro Señor le enviaba mensajes.

El padre Antonio, cuyas energías físicas se gastaban, reunía en su libro de *Apunta-*

mientos las mejores experiencias de sus años consagrados a los ejercicios superiores de la religión, en sus alcances celestes y terrenos.

Y así, depurada el alma hasta la santidad, el mes de noviembre de 1652 le llevó, a la estancia donde descansaba apretado por la enfermedad, los anuncios de un nuevo viaje.

Estaba preparado. Del descenso a los íntimos y profundos repliegues de la conciencia volvía con serenidad; aguardaba alegre los instantes inevitables. Una debilidad del espíritu le hacía entristecerse: no haberle sido acordado el rever los ríos lejanos, el Paranapanema, el Iñeay, el Pirapó...

En las fronteras de la muerte, se acercó a Lima en una lenta litera, acompañado por las imágenes de los pueblos misioneros, por las campanas de las iglesias que construyó, por las escenas de la vía dolorosa de su destrucción, y por la sonrisa de trasmundo de Ignacio Piraycí.

Fué el día 11, el señalado.

El cuerpo del apóstol descendió a la cripta del Colegio de la Compañía de Jesús, donde la Madre de Dios se le apareció aquella vez junto con san Ignacio y san Francisco Javier, y le prometió que iría a las misiones.

Sus compañeros no dejaron en olvido las promesas que le formularon cuando se alejó hacia la corte como procurador de la Provincia, de que sus restos serían llevados a las misiones, ni que en Madrid suplicó al padre Juan Antonio Manginano para que no permitiese, si moría, que lo dejasen entre españoles. Su voluntad era la de sentirse abrigado por la tierra guaraní.

Los indios pidieron su cuerpo, como un tesoro incomparable de aliento y de esperanza.

El padre provincial del Paraguay, sobreponiendo el tesón a las dificultades, obtuvo la licencia de las autoridades de Lima. Y Antonio Ruiz contempló, desde las regiones del azul, el viaje del ataúd que encerraba sus reliquias, hasta ser recibido por sus queridos guaraníes.

Asido por las muchas manos de un cortejo piadoso y elegíaco, llegó al pórtico del templo de Nuestra Señora de Loreto, la primera de las doctrinas en que trabajó y donde tuvo plena conciencia de la empresa catequista y fundacional que habría de emprender. La reducción hacia la que condujo al pueblo del éxodo, en una prueba de excesivo rigor en la que sus invencibles ener-

gías le dieron la victoria. En ese pueblo que, como su gemelo San Ignacio Miní, germinó sobre agonías y miserias, pero que la voluntad de Montoya y la tenacidad de sus indios hicieron florecer.

Recordó el apóstol en su *Conquista Espiritual* la alegría en torno a las primeras cosechas y a las construcciones en que ambos pueblos se atareaban. No olvidó, sensible conocedor de lo entrañable en el espíritu de los guaraníes, la dedicación puesta en renovar sus instrumentos musicales, quebrados en la tempestad "bajones, cornetas, vigolones, arpas, cítaras, vigüelas, monacordios", con que acompañaban los coros del templo.

Antonio Ruiz de Montoya, el *paí guazú,* emprendió así, en suelo argentino, el trayecto por la vida sin término, envuelto por los cantos fervorosos, incomparables para su alma, de sus indios bienamados.

Por sobre la ruina de los muros misioneros y el verdor vegetal que los apresa, más fuerte y perdurable que todo acontecer y que el tiempo, su presencia, de rasgos diseñados por el cúmulo de sus virtudes humanas, no habrá de extinguirse.

XVI

Las prensas misioneras. Reediciones de los libros del padre Antonio

El mayor premio a las fatigas del apóstol, en que se aúnan sus trabajos de catequista, de fundador, de organizador, de maestro de las doctrinas, lo constituyó la publicación de su obra lingüística en las prensas misioneras, por obreros y artesanos guaraníes.

En la reducción de Santa María la Mayor, en la vertiente del río Uruguay, frente a la desembocadura del Iyuí, fueron impresos su *Arte* y su *Vocabulario,* con notas del padre Paulo Restivo. Corría el año del Señor de 1724; pero ya hacía 19 que los tipistas y grabadores producían libros en idioma guaraní.

Los libros de Montoya, de Santa María la Mayor, llevan estos títulos: el primero, *Arte de la Lengua Guaraní. Compuesto por el Padre Antonio Ruiz de Montoya, de la Compañía de Jesús. Con los Escolios, Anotaciones y Apéndices del P. Paulo Restivo, de la misma Compañía. Sacados de los Papeles del P. Simón Bandini y de otros.* El segundo es: *Vocabulario de la Lengua Guaraní por el P. Antonio Ruiz, de la Compañía de Jesús. Revisto y aumentado por otro Religioso de la misma Compañía.*

La importancia extrema de los trabajos montoyanos para el estudio de la *lingua geral* incitó a Julio Platzman, caballero de la orden imperial de la Rosa del Brasil, a publicarlos nuevamente. Lo hizo en Leipzig, en el año 1876, en una excelente impresión, sin haber sufrido el original alteración alguna, en tres cuerpos, tal como lo indicó el autor en la edición príncipe.

En el mismo año apareció otra edición, excluyendo el Catecismo, con los siguientes datos bibliográficos: *Gramática y Diccionarios (Arte, Vocabulario y Tesoro) de la Lengua Tupí o Guaraní. Por el P. Antonio Ruiz de Montoya. Natural de Lima, Misionario en la antigua Reducción de Loreto,*

junto al río Paranápanema del Brasil, Superior en otras y Rector del Colegio de Asumpción, etcétera. Nueva edición. Más correcta y esmerada que la primera con las voces indianas en tipo diferente. Viena-París, 1876.

Siempre en ese año, fray Juan N. Alegre, de la Orden seráfica, publicó en Buenos Aires la sola gramática con el título: *Arte de la lengua guaraní, escrita para el uso de los pueblos de Misiones por el P. Antonio Ruiz de Montoya.* En el prólogo, advertía fray Juan que por ser la obra original tan escasa, se decidía a publicar nuevamente tan prolijo trabajo. Manifestaba que si la cooperación que esperaba era encontrada, proseguiría dando a luz el *Vocabulario* y el *Tesoro.* Esperó en vano. La edición se hizo en los talleres de Pablo E. Coni, en la calle Potosí.

La *Conquista espiritual* fué vertida al guaraní en 1733, manuscrito que se publicó junto con el texto portugués, en los Anales de la Biblioteca de Río de Janeiro, volumen sexto, del año 1879, bajo el nombre de: *Primera catechese dos Indios selvagens feita pelos padres da Companhia de Jesus. Originariamente escripta em hispanhol pelo padre Antonio Ruiz, antigo instructor do*

Gentio, e despois vertida em abañeenga por outro padre en 1733.

Reeditóse en 1892 la *Conquista espiritual,* para los lectores de *El Mensajero,* compuesta en la Imprenta del Corazón de Jesús, en Bilbao.

Ligada para siempre a los guaraníes que tanto amó y a la empresa misionera a la que entregó sus formidables energías, la gran figura de Antonio Ruiz de Montoya está circundada por los elevados prestigios de su obra de lingüista eminente.

INDICE DE NOMBRES

De personas, etnográfico y de lugares

Acquaviva, S. J., Claudio: 37
Alegre, fray Juan N.: 163
Alejandro VI: 96
Alfaro, licenciado Francisco de: 52, 61
Anchieta, S. J., José de: 24, 89, 99, 100
Aracoyaba: 103
Arary: 100
Arias de Saavedra, Hernando (Hernandarias): 48, 49, 78
Artiguaye, Miguel (cacique Miguel): 72, 73, 74
Asunción, ver: Nuestra Señora de la Asunción.
Asunción del Iyuí, reducción jesuítica de: 123, 125
Atahualpa: 98
Aztecas: 12, 22

Bahía: 96
Barreto, Nicolás: 103
Bernal, Antonio: 136
Bogotá: 34
Boroa, S. J., Diego de: 132, 154
Buenos Aires, ver: Nuestra Señora de la Trinidad en el Puerto de Santa María de Buenos Aires.

Caazapaguazú: 135
Caazapaminí: 123
Cabrera, Jerónimo Luis de: 40
Candelaria de Caazapaminí, reducción jesuítica de: 123
Cárdenas, Bernardino de: 153
Caribes: 12
Carijoes: 100
Carlos V: 51, 98
Carlos III: 150
Carranza, fray Pedro, obispo: 79
Cataldino, S. J., José (padre José): 49, 50, 59, 61, 77, 79, 83, 86
Castillo, S. J:, Juan del: 122, 124, 125
Céspedes, Luis: 27
Ciudad Real: 38, 50
Ciudad de los Reyes: 31, 37, 78, 153
Colonia del Sacramento: 150
Concepción, reducción jesuítica de: 116

Coni, Pablo E.: 163
Córdoba del Tucumán: 39, 131
Corpus, reducción jesuítica de: 116
Cuaquíutles: 12

Charcas: 134
Charrúas: 122

Díaz de la Carrera, Diego: 143
Díaz de Solís, Juan: 99
Díaz Melgarejo, Ruy: 49
Domenech, S. J., José: 107

Encarnación, reducción jesuítica de: 90
Espinosa, S. J., Pedro de: 116
Evreux, Ives d': 25

Felipe II: 125
Felipe IV: 133, 134, 136
Felipe V: 150
Filds, S. J., Tomás: 38
Francisco Javier, san: 38, 156

Gaboto, Sebastián: 98
Garay, Juan de: 78
García, Alejo: 49, 98
Garro, José: 149
González de Santa Cruz, S. J., Roque (padre Roque): 122
Grou, Domingo Luis: 102
Guaycurúes: 122
Guīraberá: 90, 92
Guīraypotī: 62

Haidas: 12
Henart, S. J., Nicolás: 126
Hurtado de Mendoza, Lorenzo: 26

Ignacio, san: 26, 38, 156
Itapuá, reducción jesuítica de: 116, 122
Itatines: 126

Jácome, S. J., Diego: 99
Jagoanharo: 100
Jaguará: 102
Jarque, S. J., Francisco: 35
Jesús María, reducción jesuítica de: 92

La Plata: 148
Las Casas, fray Bartolomé de: 27
Leão, Antonio de: 103
Leitão, Jerónimo: 101
Léry, Juan de: 16
Lima: 32, 34, 37, 40, 132, 147, 148, 156
Lobo, Manuel: 149
Lobo, Pero: 97
Lorenzana, S, J., Marciel de: 49, 122
Los Siete Arcángeles, reducción jesuítica de: 92
Lozano, S. J., Pedro: 17, 70
Lugo y Navarra, Pedro de: 135

Macedo, Antonio de: 102
Mancera, marqués de: 134, 136, 147
Mansilla, S. J., Justo, ver: Surk Mansilla, Justo van
Manginano S. J., Juan Antonio: 157
Manuel, el Venturoso: 95
Maracaná, Roque: 72, 73, 83, 84
Maracayú, puerto de: 60, 61
Maracayú, yerbatales de: 60, 61, 113
Martínez de Irala, Domingo: 98
Martínez, S. J., Ignacio: 126
Masseta, S. J., Simón (padre Simón): 49, 50, 59, 61. 71, 83, 108
Matienzo, Juan de: 78
Mayas: 12
Mbororé. 136
Mendoza, S. J., Cristóbal de: 107, 108, 126
Mendoza, Pedro de: 99
Minuanes: 122
Moctezuma: 34, 98
Monasterio, marqués de: 141
Moranta, S. J., Antonio de: 59

Necú: 123, 124
Nóbrega, Manuel de: 89, 99
Nuestra Señora de la Asunción, ciudad de: 38, 43, 44, 50, 77, 83, 98, 122, 135, 153
Nuestra Señora de Loreto, primera reducción jesuítica de este nombre: 50, 61, 67, 85, 114, 155
Nuestra Señora de Loreto, segunda reducción jesuítica de este nombre: 117. 157
Nuestra Señora de la Trinidad en el Puerto de Santa María de Buenos Aires: 77, 78, 99, 122, 126, 132, 149, 150
Núñez Cabeza de Vaca, Alvar: 49
Núñez S. J., Leonardo: 99

Oñate, S. J., Pedro de: 77, 78
Ortega, S. J., Manuel de: 38

Paiva S. J., Manuel de: 78, 100
Payaguaes: 122
Peralta, Gabriel de: 21, 133
Pereira de Souza: 102
Piratininga: 100
Piraycí, Ignacio: 155, 156
Platzman, Julio: 162
Polo, Marco: 96
Ponte, S. J., Juan: 39
Potosí: 148
Provincia ignaciana del Brasil: 99
Provincia jesuítica del Paraguay: 37, 131

Ramallo, Juan: 97, 100
Ranzonier, S. J., Diego: 126
Raposo Tavares, Antonio: 109
Restivo S. J., Paulo: 161

Río de Janeiro: 26, 102, 134
Rodríguez, S. J., Alonso (padre Alonso): 122, 124
Rodríguez, Antonio: 97
Ruiz de Montoya, Cristóbal: 31, 32
Ruiz Taño, S. J., Francisco: 132

Sahagún, fray Bernardino de: 22, 25
Salazar, S. J., Diego de: 85
Salazar de Espinosa, Juan de: 43, 98
Saloni S. J., Juan: 38
Salvatierra, conde de: 148
San Antonio, reducción jesuítica de: 92, 108
Sánchez, Juan: 142, 143
San Francisco Javier, reducción jesuítica de: 85, 90, 113
San Ignacio Guazú, reducción jesuítica de: 50, 122
San Ignacio Miní, primera reducción jesuítica de este nombre: 50, 62, 67, 71, 72, 85, 114
San Ignacio Miní, segunda reducción jesuítica de este nombre: 117, 158
San Juan de Vera de las Siete Corrientes: 78
San Javier de Yaguaraitiés, reducción jesuítica de: 123
San José, reducción jesuítica de: 90
San Martín, S. J., Francisco: 49
San Miguel, reducción jesuítica de: 127
San Miguel de Ibianguí, reducción jesuítica de: 90, 92, 108
San Nicolás, reducción jesuítica de: 123
San Pablo, reducción jesuítica de: 90
San Pablo de Piratininga: 100, 101, 103, 108, 109
San Pedro, reducción jesuítica de: 92
Santa Ana, reducción jesuítica de: 122
Santa María la Mayor, reducción jesuítica de: 161, 162
Santiago de Chile: 62
Santiago del Estero: 40
Santo André da Borda do Campo: 100
Santos: 102
Santo Tomás, reducción jesuítica de: 92
San Vicente: 98, 99, 104
Sardinha el Mozo, Alfonso: 102
Soeiro, Manuel: 102
Souza, Francisco de: 102
Souza, Martín Alfonso de: 99, 149
Suárez, S. J., Gonzalo (padre Gonzalo): 35, 36
Sumé: 87, 88
Surk Mansilla, S. J., Justo van: 108, 126

Tahuantinsuyo: 34, 41
Tamoi: 62
Tamoyos: 100
Taubicí: 70, 71
Tayaoba, cacique: 90, 92
Tayaoba, región de: 90
Tebiriçá: 101
Tenochtitlán: 22, 25, 89
Thevet, Andrés: 25, 89
Tlinguites: 12
Todos los Santos del Caró: 124
Tomás, apóstol: 87
Torres Bollo, S. J., Diego de: 37, 38, 49, 59, 62
Trejo y Sanabria, Fernando de: 40
Tupã: 15, 16, 17, 24
Tupasĩ: 15

Urtazun, S. J., Martín: 68

Vareo, S. J., Juan: 84, 85
Villa Rica del Espíritu Santo: 38, 50, 91, 113
Villar, conde del: 31

Yapeyú, reducción jesuítica de: 123
Yaroes: 122

BIBLIOGRAFIA

FRANCISCO DE ALFARO: *Ordenanzas,* en apéndice de PABLO HERNÁNDEZ, *Organización social de las doctrinas guaraníes de la Compañía de Jesús,* Barcelona, 1913.

JOSÉ DE ANCHIETA: *Informaçoes e fragmentos historicos* (1584-1586). Notas de Capistrano de Abreu. Río de Janeiro, 1886.

Enformação do Brazil, e de suas Capitanias (1584), *par un Jésuite anonyme* (José de Anchieta). Jornal do Instituto Historico e Geographico Brazileiro, t. VI. Río de Janeiro, 1844.

JOSÉ CARDIEL: *Breve relación de las Misiones del Paraguay,* en apéndice de PABLO HERNÁNDEZ, *Organización social de las doctrinas guaraníes de la Compañía de Jesús,* Barcelona, 1913.

FERNÃO CARDIM: *Tratado da terra e gente do Brazil.* Río de Janeiro, 1925.

Cartas Anuas de la Provincia del Paraguay, Chile y Tucumán, de la Compañía de Jesús (1609-1614 y 1615-1637). Documentos para la Historia Argentina, t. XIX y XX. Buenos Aires, 1929.

PEDRO FRANCISCO JAVIER DE CHARLEVOIX: *Historia del Paraguay.* Madrid, 1910.

IVES D'EVREUX: *Voyage dans le nord du Brésil, fait durant les annés 1613 et 1614.* Con introducción y notas de Fernando Denis. Leipzig y París, 1864.

Guillermo Furlong Cardiff: *Las misiones jesuíticas,* en *Historia de la Nación Argentina.* Junta de Historia y Numismática Americana. Buenos Aires, 1937.

Enrique de Gandía: *Las misiones jesuíticas y los bandeirantes paulistas.* Buenos Aires, 1936.

Pablo Hernández: *Organización social de las doctrinas guaraníes de la Compañía de Jesús,* Barcelona, 1913.

José Imbelloni: *Le genti indigene dell'America,* en *Le razze ed i Popoli della terra,* bajo la dirección del Prof. Renato Biassutti. Turín, 1941.

Francisco Jarque: *Ruiz de Montoya en Indias* (1608-1662). Colección de libros raros y curiosos que tratan de América (t. XVI, XVII, XVIII y XIX). Madrid. 1900.

Jean de Léry: *Histoire d'un voyage fait en la terre du Brésil.* París, 1879.

Pedro Lozano: *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán.* Buenos Aires, 1874-5.
Historia de la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay. Madrid, 1754-5.

Fernando Márquez Miranda: *Los aborígenes de América del Sur,* en *Historia de América,* Academia Nacional de la Historia, t. II, Buenos Aires, 1940.

Alfred Métraux: *La civilisation matérielle des tribus Tupi-guaraní.* París, 1928.
La réligion des Tupinamba et ses rapports avec celle des autres tribus Tupi-guaraní. París, 1928.
Les migrations historiques des Tupi-guaraní, en *Journal de la Société des Américanistes.* Nouvelle série. t. XIX. París, 1927.

Cartas do Brasil do Padre Manoel Nobrega (1549-1560), con *Vida do Padre Manoel da Nobrega,* por Antonio Franco, en *Cartas Jesuíticas,* t. I. Río de Janeiro, 1886.

Alvar Núñez Cabeza de Vaca: *Relación de los Naufragios y Comentarios,* en Colección de libros y documentos referentes a la historia de América, t. V y VI. Madrid, 1906.

Aurelio Porto: *Historia das Missões Orientais do Uruguay.* Río de Janeiro, 1943.

Juan Queirel: *Las ruinas de Misiones.* Buenos Aires, 1901.

Antonio Ruiz de Montoya: *Memoriales,* en Pablo Hernández, *Organización social de las doctrinas guaraníes de la Compañía de Jesús.* Barcelona, 1913.

Vicente do Salvador: *Historia do Brasil,* Publicação da Bibliotheca Nacional. Río de Janeiro, 1889.

Ulrico Schmidl: *Derrotero y Viaje a España y las Indias.* Traducido y comentado por Edmundo Wernicke. Santa Fe. 1938.

Gabriel Soarez de Souza: *Tratado descriptivo do Brazil em 1587,* con comentarios por F. A. de Varnhagen, en Jornal do Instituto Historico e Geographico Brazileiro, t. XIV. Río de Janeiro, 1851.

Juan Staden: *Vera Historia,* traducido por Edmundo Wernicke. Buenos Aires, 1944.

Alfonso de E. Taunay: *Historia geral das bandeiras paulistas.* Edição do Museu Paulista, t. I-IX. San Pablo, 1948.

Alfonso de E. Taunay: *San Pablo en el siglo XVI,* Biblioteca de autores brasileños traducidos al castellano. Buenos Aires, 1947.

Nicolás del Techo: *Historia de la Provincia del Paraguay de la Compañía de Jesús. Biblioteca Paraguaya.* Madrid, 1897.

André Thevet: *Les singularitez de la France Antarctique,* con notas y comentarios por Paul Gaffarel. París, 1878.

Manuel Ricardo Trelles: *Cuestión de límites entre la República Argentina y el Paraguay.* Buenos Aires, 1867.

Revista de la Biblioteca Pública de Buenos Aires, Memorial del Padre Antonio Ruiz de Montoya, Procurador del Paraguay, para el rey, 1642, t. III. Buenos Aires, 1881.

INDICE

		PÁG.
I	— Trayectos de su apostolado	7
II	— Los anuncios marianos. Ingreso en la Compañía de Jesús. La ordenación	29
III	— Génesis de las misiones	41
IV	— Los yerbatales de Maracayú	57
V	— La catequesis en las primeras reducciones del Guayrá	65
VI	— Montoya desciende al puerto de Santa María de Buenos Aires	75
VII	— La gran era fundacional. Antonio Ruiz, el constructor, superior de las Doctrinas Guaraníes	81
VIII	— La expansión "bandeirante"	93
IX	— El asalto a los pueblos del Guayrá. La caza de esclavos	105
X	— El éxodo	111
XI	— Los mártires	119
XII	— Antonio Ruiz, procurador de la Provincia jesuítica del Paraguay ante la corte	129
XIII	— La obra lingüística y la crónica misionera	139
XIV	— Organización militar de las misiones	145
XV	— El tránsito del apóstol. Ciudad de los Reyes	151
XVI	— Las prensas misioneras. Reediciones de los libros del padre Antonio	159
	Indice de nombres	165
	Bibliografía	171

OBRAS DE BLANCO VILLALTA

El pueblo turco (Ed. El Ateneo, 1936).

Cuadros de la Estambul actual (Ed. El Ateneo, 1937).

Literatura turca ("Humanidades", Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Eva Perón, 1939, separata).

Kemal. Constructor de la nueva Turquía (Ed. Claridad, 1939, 2ª edición, 1945).

Literatura turca contemporánea (Ed. Claridad, 1940).

Uno de los primeros cronistas del Río de la Plata. Francisco de Villalta ("Universidad", Universidad del Litoral, 1941).

Conquista del Río de la Plata (Ed. Claridad, 1943).

Historia de la conquista del Río de la Plata (Ed. Atlántida, Colección Oro, 1946).

Antropofagia ritual americana (Ed. Emecé, Colección Buen Aire, 1948).

ESTE LIBRO SE ACABO DE IMPRIMIR
EN BUENOS AIRES.
EN LOS TALLERES GRAFICOS DE
GUILLERMO KRAFT LTDA.
SOC ANON DE IMPRESIONES GENERALES,
RECONQUISTA 319
EL DIA DOS DE DICIEMBRE DE 1954

25

COLECCIÓN CÚPULA

TÍTULOS APARECIDOS

Ensayos

AL ENCUENTRO DEL HOMBRE, por *Arturo Aldunate Phillips.*

LA GALERIA DE ESPEJOS, por *Homero Guglielmini.*

ENTRE DUDAS Y ESPERANZAS, por *Ricardo Sáenz Hayes.*

LA VIDA EN LA ANTÁRTIDA, por *Alberto A. Soria.*

Biográficas e históricas

EL GRAN CAMBIO, por *Frederick Lewis Allen.*

EVOLUCIÓN POLÍTICA Y SOCIAL DE LOS EE. UU., por *Hockett y Schlesinger.*

PROTAGONISTAS, por *César Tiempo.*

EL DEÁN FUNES, por *Mariano de Vedia y Mitre.*

LOS SONETOS DE SHAKESPEARE, por *Mariano de Vedia y Mitre.*

Novelas

LA HIJA DE JÚPITER, por *Martín Aldao (h.)*

DATE DUE

NOV 1 [illegible]			
DEC 2 [illegible]			
JAN 1 [illegible] 1992			
[illegible]			

DEMCO 38-297

(Continuación de la solapa anterior)

el látigo de los encomenderos, perseguidas por los "bandeirantes" paulistas que de sus travesías hacia Occidente regresaban con largas cadenas de guaraníes esclavizados, Montoya, elegido procurador de la Provincia jesuítica del Paraguay ante la corte española, obtuvo del monarca la venia para armar a los guaraníes de las misiones.

La personalidad de Montoya adquiere su incomparable magnitud al sumar a la tarea evangelizadora su indiscutible prestigio de padre de los estudios guaraníticos, puesto que aportó las obras básicas y de mayor aliento para los mismos.

Nacido en la Ciudad de los Reyes en 1585, tuvo en ella su glorioso tránsito en 1652. Su cuerpo, solicitado por los indios como preciosa reliquia, descansa bajo las ruinas de Nuestra Señora de Loreto, en tierra argentina.

Blanco Villalta logra en este libro, denso de emoción y de elevados valores estéticos, una imágen válida de ese lejano pasado, tan vinculado a nuestra historia. Reproduce anteriores éxitos que otorgan jerarquía a su talento de escritor, y baste para ello citar su "Kemal Ataturk", su "Conquista del Río de la Plata" y su "Antropofagía ritual americana".

F2684.R93 B5 1954
Montoya : apostol de los Guaraníes
Princeton Theological Seminary-Speer Library
1 1012 00204 6532